

CAPITULO XVII

La retirada del Ejército costarricense prolongó por más tiempo los sufrimientos de la desgraciada Nicaragua, porque Walker creyó que tenía tiempo para desarrollar su negro y vasto plan de esclavizar al país, haciéndose él Jefe del Gobierno centroamericano, comenzando por serlo de Nicaragua, para lo cual halló la complicidad del Licenciado Ferrer y la del General Pineda.

Con este propósito, nombró por sí y ante sí al Licenciado Ferrer Presidente provisorio, y éste nombró a Pineda su Ministro General y dió un decreto convocando a los pueblos para que eligiesen Presidente de la República. Ni la constitución de 1838 que en el tratado de paz de 23 de octubre que por sarcasmo había jurado Walker respetar, ni ley ni costumbre alguna, autorizaban semejante proceder; sin embargo, se fingió una elección con sufragantes inventados, y Ferrer y Pineda hicieron un seudo-escrutinio de millares de votos imaginarios en favor de Walker, y lo declararon electo Presidente de Nicaragua.

En la plaza pública de Granada tomó posesión de la Presidencia Walker, sin que faltase a la risible ceremonia el aparato político, militar y aun el religioso: farsa que habría sido divertida si no hubiera entrañado serias desgracias para el país.

No era un asalto en despoblado el que Walker hacía de la soberanía de la nación en pleno día. No era ya la travesura de ciertos rábulas que de las ciudades del centro salen a los lugares remotos y se apoderan de infelices alcaldes de pueblos para hacerlos sus autómatas, como este rábula togado, acom-

pañado con Randolph, se portaron en el negocio «Garrison Morgan». No; Walker ya no quiso obrar por medio de otro, sino por sí mismo; prescindiendo de don Patricio se proclamó Presidente, tomó en sus manos el Tratado de 23 de octubre y con interpretación sofisticada, lo invocó para paliar la cínica usurpación del Poder, y dijo: «Vencedor en esta plaza, ¡el botín es mío!»

En efecto, desde esa fecha se soñó dueño absoluto del Poder y pensó en el modo de afianzarlo en sus manos, el cual no era otro que el de aumentar el elemento yankee, y cambiar el personal gubernativo, para legislar en el sentido de transformar el país. «No sólo el Estado, sino también la *familia* debían ser reorganizados.» «No era necesario modificar la forma secundaria del cristal, sino cambiar *radicalmente la hechura primitiva*, para lo cual se necesita emplear nueva fuerza.»

No era la fuerza del talento político; porque los principios de la filosofía materialista no daban cabida en su cerebro a los nobles sentimientos de la civilización, implantados por la humanitaria religión cristiana; era la fuerza bruta del cañón y el rifle, importados por los nuevos habitantes, que debieran llegar con la misma preocupación de superioridad que dominaba a Walker; era la fuerza que llamaba en su apoyo, obedeciendo al cálculo frío de un futuro choque con los antiguos habitantes, *que tarde o temprano opondrían la fuerza para resistir el tratamiento duro y cruel de gente orgullosa y altanera como ellos*, y encontrar con este motivo la ocasión de exterminar a los nativos, como ya lo habían aconsejado otros escritores despiadados. Entre estos salvajes pensamientos estaba el de Schlesinger.

Al inocular en la nueva sociedad de Nicaragua el elemento americano, Walker tomó en cuenta sus ideas acerca del capital y del trabajo, conforme las tenían los esclavistas del Sur de los Estados Unidos, las cuales sirvieron de piedra angular de su decreto de 22 de noviembre, el cual, por creerlo de algún interés para el lector, lo inserto literalmente, agregando a continuación las glosas que el mismo Walker le hace en su leyenda. Dice así:

1º Considerando: que la Asamblea Constituyente de la Re-

pública, el 30 de abril de 1838, declaró al Estado libre, soberano e independiente, disolviendo el pacto que la Constitución federal estableciera entre Nicaragua y los demás Estados de Centro América.

Considerando:

2º Que desde la fecha mencionada Nicaragua ha estado realmente exenta de los deberes que le imponía la Constitución federal.

3º Considerando: que varios decretos no convienen a la presente situación de la República y son contrarios a su bienestar y prosperidad, lo mismo que a su integridad territorial.

Decreta:

Art. 1º Todos los actos y decretos de la Asamblea nacional constituyente, lo mismo que del Congreso federal, se declaran nulos y de ningún valor.

Art. 2º Ninguna de las disposiciones aquí contenidas podrá afectar los derechos poseídos hasta el día, en virtud de los actos y decretos que por el presente quedan revocados.»

Walker, basado en esta disposición, pensó que el decreto federal que abolió la esclavitud en Centro América quedaba revocado, y que por consiguiente el restablecimiento de la esclavitud era estrictamente legal; y que el espíritu e intención del decreto era abrir el camino para que se introdujese nuevamente, y que fuera o no una sabiduría, él envolvía la sabiduría del movimiento americano en Nicaragua, una vez que la permanencia de la raza blanca en esta región dependía del restablecimiento de la esclavitud.

Walker, en su frío cálculo, expresaba sus sentimientos materialistas, obcecado en sus preocupaciones antropológicas. Dice: «La introducción de la esclavitud negra en Nicaragua proporcionaría un número de trabajadores constantes y seguros para el cultivo de los productos tropicales». «Con el negro esclavo como compañero, el hombre de la raza blanca se volvería fijo en el suelo, y ambos acabarían con el Poder de la

raza mixta, que es la peste de ese país.» «El indio puro entraría pronto en la nueva organización social (en la esclavitud), pues no tiene propensiones al Poder político, y sólo pide protección a su industria.» «El indio de Nicaragua por su fidelidad, lo mismo que por su disposición al trabajo, se acerca mucho al negro de los Estados Unidos y pronto adoptaría la costumbre y hábitos de éste.» «En realidad, la conducta del indio para con la raza blanca dominante es más sumisa que la del negro de América para con su amo.» Es tal su vanidad y presunción yanki, que dice: «El trabajo de la raza inferior no puede competir con el de la raza blanca, a menos que no se le dé un amo blanco para dirigir su energía».

El intruso legislador, que con el decreto que atrás se ha insertado abrió la puerta al trabajo forzado del esclavo para el cultivo del terreno, dictó otros decretos tendentes a facilitar el apropiamiento de tierras a favor de la raza blanca. Oigámosle:

«La diferencia de idiomas entre los miembros de la antigua sociedad y la porción de la raza blanca que necesariamente debía predominar en la nueva, al propio tiempo que servía para alejar los varios elementos, proporcionaba también los medios de sistematizar las relaciones entre las diferentes razas. Con el objeto de que las leyes que se dictasen fueran ampliamente conocidas, se emitió un decreto por el cual se disponía que fuesen publicadas en inglés y en español, disponiéndose en otro artículo que todo documento de interés público tendría el mismo valor siendo escrito en cualquiera de los dos idiomas. Según este artículo, los procedimientos de todos los Tribunales de Justicia podían ser escritos en inglés, sin que fuera preciso disponer que lo fueran solamente en este idioma; la simple permisón era bastante para obtener el objeto deseado.» «Los conocedores del Derecho comprenderán fácilmente las grandes ventajas que proporcionaba a los que hablaban el inglés y el español, sobre aquellos que sólo poseían el último de estos idiomas.»

El decreto sobre el uso de estos idiomas tendía a hacer que la propiedad de los terrenos cayese en manos de los que hablaban inglés.

Se promulgó otro decreto declarando adjudicadas a favor de la República todas las propiedades de los enemigos del Gobierno y se nombró una Junta de Comisionados con facultades administrativas, económicas y judiciales, en virtud de las cuales podía citar testigos ante su despacho, examinarlos y dictar sentencia; tomar posesión de bienes confiscados, venderlos o adjudicarlos en pago de servicios prestados a la Nación mediante un certificado militar. Por otro decreto se creó una oficina de Registro para los títulos que la Junta de Comisionados libraba, lo cual sellaba la garantía de su propiedad a los servidores del Estado. ¡A los americanos servidores de Walker!...

El Estado eran Walker y su falange. Entonces casi nadie hablaba el inglés, de los nicaragüenses; éstos eran todos enemigos suyos, y siendo estas leyes en contra de los nativos y sus propiedades, pues las expropiaciones eran generales, pronto comprendimos que se nos trataba como país conquistado.

Todos estos decretos, dice el mismo Walker, «tendían a un mismo fin general: el de colocar una gran parte del territorio del país en manos de la raza blanca». Este era un aliciente para atraer a los americanos a Nicaragua, halagándolos en el pago seguro «con el terreno fértil de los trópicos», que podrían cultivar con «el trabajo forzado de los indios esclavos» que la ley les facultaba adquirir y con lo cual adquirirían fortuna y «ejercerían la preponderancia» porque la autoridad en manos de los anglosajones protegería su orgullo insensato y la refinada soberbia de Walker.

Preparado de este modo el repartimiento de su botín en teoría, para luego llevarlo a la práctica, envió a Goicuría con todos estos decretos a Nueva Orleans para hacerles propaganda entre la comunidad de esclavistas del Sur, para que viniesen a hacerse con terrenos en Nicaragua, con los cuales pensaba adquirir mucho dinero para el sostenimiento de la tropa que necesitaba para la guerra que probablemente le harían los demás Estados de Centro América. Si la propiedad raíz de las empresas rurales era una fuente abundante de recursos, era mayor la de la población de indios nativos destinados a la esclavitud, y había que explotar este rico filón

de la mina humana. Goicurúa era un excelente corredor de negocios y esta comisión la desempeñó a maravilla.

Mr. Soule, banquero y miembro del Senado americano, era una gran personalidad en el partido esclavista, y bien informado de todo lo que Walker era en Nicaragua vino a estudiar el negocio y a solicitar ciertas modificaciones al contrato del empréstito de medio millón de pesos y de la garantía del millón de acres de tierra. Soule era de aspecto agradable; su elegante porte y su aire distinguido le hacían simpático; hablaba bien el español y sus finos modales los gastaba no sólo con la aristocracia, sino también con la gente del pueblo, a quien atendía muy bien, y de consiguiente él fué tratado del mismo modo.

El concepto que expresó de esta gente fué de este modo: «La docilidad de los nicaragüenses nativos, especialmente de los indios, es grande, y si se les trata con suavidad y persuasión se les puede llevar a cualquier parte». Con la respetable opinión de un caballero como el señor Soule, comenzaron a fijar su mirada en Nicaragua los esclavistas norteamericanos, que ya preveían el golpe que iba a sufrir su capital con la abolición de la esclavitud en aquella gran República, en cuyo Congreso el partido antiesclavista de los Estados Unidos del Norte estaba adquiriendo asombrosa mayoría, por lo que Walker soñaba que el indio criollo de Nicaragua iba a ser una mercancía de gran demanda en los Estados del Sur, y que los iba a hacer figurar en su sistema financiero, elevando a una cifra fabulosa su tesoro.

En el Cuerpo Diplomático de Washington se trabajaba contra tales disposiciones del filibusterismo en Nicaragua con los trabajos del Ministro Marcoleta, y el antiesclavismo prevalecía en el Gabinete, rechazando toda inteligencia con las autoridades intrusas, a las cuales conceptuaba el Ministro Marcy «el resultado de una correría afortunada de las armas».

En los demás Estados de Centro América ocuparon la prensa liberales distinguidos y escritores de la talla de Barrundia y García Granados, en Guatemala; Hoyos y Barrios, en El Salvador, y Montúfar y Fernández, en Costa Rica. Todos combatían a Walker y levantaban el espíritu de los pueblos y Gobiernos hermanos para lanzarse a la lucha por la libertad e

independencia de estos países, amenazados de muerte desde la brusca invasión de El Guanacaste, y celebraban con entusiasmo las victorias de Santa Rosa y Rivas, execrando después el procaz asalto que hizo Walker de la Presidencia y su rapaz legislación sobre las propiedades y el restablecimiento de la esclavitud en Nicaragua.

No era menos odiado Walker en Honduras, pero aparecía remiso y hay que buscar la causa. Debe narrar el cronista los hechos que dan la clave de ese fenómeno político; después del desastre del partido legitimista el memorable 13 de octubre, emigramos a Honduras los caídos de Nicaragua, porque nuestra caída coincidió con la del Gobierno del General Cabañas, levantándose el partido *cachureco*, del cual era caudillo el General Guardiola y candidato a la Presidencia.

Para la elección del Presidente que debía suceder a Cabañas, fué preconizada la candidatura Guardiola, que llegó a los comicios apoyada por el vencedor de Masaguara, General don Juan López, y era lógico su triunfo. Esta era la situación política de Honduras en aquel entonces. El Presidente Estrada y el General Martínez fueron de los principales que llegaron a Tegucigalpa, ciudad culta que, como Granada, es el asiento principal del *cachurequismo* hondureño y acogió benévola a los emigrados, brindándonos la más exquisita hospitalidad y haciendo eco a la opinión de cooperar con el Estado a la expulsión de los filibusteros de Nicaragua: hasta las señoritas, en las grandes reuniones de familia a que se nos invitaba, tomaban la copa de champaña y brindaban por que Honduras se levantara en masa para lanzar del suelo nicaragüense a Walker.

Pero llegó don Fulgencio Vega de tránsito para Guatemala y se mezcló en la política, dejando consigna de hacerle oposición a la candidatura Guardiola. No fué de esa opinión el autor, y colocado en la oficina del General López, cuya victoria sobre Cabañas lo hacía árbitro de Honduras, trataba de disimular, lo que le parecía imprudencia y aberración de nuestros prohombres del partido, para poder ensayar influencia oportunamente en el asunto patrio.

El General Guardiola en el Poder de Honduras no quería comenzar su Administración en un país empobrecido por los

gastos hechos por el ex Presidente Cabañas en auxiliar a los democráticos de Nicaragua contra los conservadores, que auxiliaba Guatemala contra el Gobierno de Guardiola. No quería tocar a los propietarios exigiéndoles dinero para el sostenimiento de las tropas que mandase a Nicaragua. Había, pues, que vencer esa repugnancia de Guardiola, y que buscar los medios de conseguirlo. La suegra del General López, el vencedor de Cabañas, era la viuda del Coronel Gutiérrez, que había ganado algunas batallas en el Estado, señora muy versada en los asuntos de la política, instruída y de muchos recursos intelectuales; su ventajosa posición social le daba un puesto entre los estadistas hondureños, y estaba íntimamente relacionada con doña Anita de Guardiola, linda señora, alta y esbelta como una palma: era una belleza griega, de carácter suave y afable, ilustrada y agradable, tenía dotes diplomáticas, y estas dos importantes mujeres, Anita y Margarita, veían con interés el asunto de la guerra contra Walker y se mostraban decididas a prestar su eficaz influencia con el Presidente.

Guardiola cedió y pudimos lograr que diese el decreto de contribución con doce mil pesos, y que mandase reunir las milicias de Gracias y Santa Bárbara. El vencedor de Masaguara, el General Antonio López, fué designado para mandar esa fuerza, formando el Estado Mayor López, primer Jefe; segundo, Xatruch, Florencio, y Mayor, el autor, y los mandó situar en Nacaome, cerca de la Brea, en donde había la gran Bodega de las mercancías, registradas en Amapala, puerto de Honduras en el golfo de Fonseca.

Yo me manifesté contento con aquella poca fuerza, por su significación moral y política en la guerra, porque ya las fuerzas de Guatemala y el Salvador habían pasado para el teatro de la guerra y Guardiola me decía: «Esta pequeña columna de hondureños va a sonar por allá como si fueran dos mil hombres». Además me decía: «No sólo vamos a mantenerla en buen pie, reponiendo las bajas, sino que vamos a ir aumentándola». En Nacaome permanecemos por bastante tiempo, hasta segunda orden. Pensamos aumentarla.

De Amapala se nos comunicó que había aparecido en el Golfo un barco pequeño, y que a la lancha de Bachiche le ha-

bían hecho dos disparos de cañón, dándole caza, habiéndole quitado unos cerdos que traía a bordo; acto continuo la soltaron. Se dió orden al comandante de Amapala que, si se acercaba al puerto, procurasen ver si se ponía al alcance de sus cañones y lo desluciesen a balazos, si podían. El robo de los cerdos era señal que eran filibusteros, que armados en corso, ejercían la piratería; y nosotros llevamos parte de la fuerza a San Lorenzo, estero profundo del Golfo, en donde hay un desembarcadero fácil; se practicó un reconocimiento y dejando unos cien hombres con instrucciones volvimos a Nacaome, y se dió parte al Gobierno en Comayagua.

Mientras se hacían los trabajos para organizar la fuerza que se situó en Nacaome, también el Licenciado Estrada mandó a las haciendas de Chontales a Dolores Martínez, en comisión a traer fondos de los propietarios que de Granada habían emigrado a ellas con el objeto de repatriarse y reinstalar en Somotillo el Gobierno legitimista y procurar fuese reconocido como el único Gobierno de Nicaragua y levantar fuerzas para combatir a Walker...

Con algo de dinero que trajo don Dolores Martínez, Estrada, Martínez, el General y los Jefes militares emigrados que estaban en Tegucigalpa, se bajaron a Somotillo y organizaron su Gobierno como lo tenían pensado. El General Martínez marchó con Bonilla y el cuadro de oficiales para Matagalpa, para mandar cien indios desarmados que llevasen las armas que del Salvador llegarían al puerto El Bejucal del Golfo de Fonseca en el departamento Choluteca, como lo verificaron; y el Presidente Estrada se trasladó al Ocotal, cabecera del departamento de Segovia, que era muy adicto a los granadinos, y allí hizo el asiento de su Gobierno.

Este hecho fué considerado impolítico, porque hacía renacer las divisiones de partido en los momentos en que Nicaragua debía aparecer homogéneo y compacto, y sus hijos todos unidos contra el enemigo común. La aparición de otro Gobierno en el teatro de la guerra, que lo era Nicaragua, presentaba un grande obstáculo a la unidad de acción en las operaciones militares de los ejércitos del Salvador y Guatemala, que ya ocupaban la ciudad de León, residencia del Gobierno de don Patricio Ri-

vas, con quien se habían celebrado tratados, y estaban haciendo las debidas combinaciones con Costa Rica.

Los Generales López y Xatruch ponían su influencia con legitimistas y democráticos, a efecto de que se entendiesen para que no hubiese división en Nicaragua, y lo mismo hacían los Generales Paredes y Belloso, de los ejércitos de Guatemala y El Salvador; en las cartas de los Generales hondureños tenía intervención el autor: todo con el beneplácito del Presidente Guardiola.

Cuando se trabajaba con empeño por la unión llegó a Nacaome la funesta noticia de que el Presidente Estrada había sido asesinado en el Ocotal. Dos días antes de esta noticia habían estado con nosotros don Pedro Joaquín Chamorro y el Doctor Figueroa, costarricense a quien llevaba como Secretario de una Legación del Gobierno de Estrada cerca del de Guatemala, con el objeto de que fuese reconocido oficialmente. Estrada como único Gobierno legítimo, y pusiese su influencia con los otros Estados para que hiciesen el mismo reconocimiento y dar sus órdenes a los Jefes de sus respectivos ejércitos para que les prestasen su apoyo y combatir a los filibusteros de Walker. Les parecía mentira a los Generales López y Xatruch que hubiese hombres que en aquellos momentos de suprema angustia para la Patria, ante una guerra asoladora, estuviesen pensando en cosa tan chiquita como lo era la preferencia o preponderancia de un partido.

El asesinato del Ocotal fué muy sentido en Nacaome, pero aún se creyó oportuno para reanudar los trabajos de unión y así se escribió a Paredes y Belloso, encomendándose al autor la misión confidencial para el General Martínez, acampado en Matagalpa, con cuyo objeto me custodió hasta el pequeño pueblo de San Marcos de Colón una compañía de granaderos graciosos.

Cuando llegamos al pueblo, un individuo llamado Eusebio Zelaya de Somotogrande, tomando por guatemalteca mi fuerza, visitó al Jefe de ella refiriéndole que el Alcalde de ese pueblo había recibido del Presidente Estrada un decreto, por medio del cual se imponía una contribución forzosa para el sostenimiento del ejército destinado a combatir a los filibusteros,

y pidiendo bestias para montar una caballería; y el referido Alcalde se había dirigido al Gobierno Rivas, que residía en León, preguntándole si debía o no publicar aquel decreto, habiendo recibido contestación del Ministro Salinas, de que «no estaban obligadas las autoridades de Segovia a obedecer ni acatar órdenes de otro Presidente que el establecido en el Estado, que lo era don Patricio Rivas, y que, en consecuencia, el del Licenciado Estrada era un Gobierno intruso».

La fuerza que tenía Estrada para su sostenimiento se la había cedido a don Pedro Joaquín Chamorro, quien se dirigía a Guatemala, y ésta iría a custodiarlo hasta la frontera de Honduras, habiendo quedado en el cuartel solamente diez soldados bajo las órdenes de un oficial.

Del Ocotal les llegó a Somoto la noticia de lo indefensa que estaba aquella plaza, y entonces dispusieron tomarla, yendo los caudillos democráticos al caserío de Sábanagrande donde reunieron unos partidarios armados de fusiles y machetes, haciendo lo mismo en Totogalpa, y sorprendiendo después la plaza del Ocotal en Totogalpa hicieron lo mismo, y sorprendieron el cuartel en ocasión que algunos soldados andaban por otras partes de la ciudad; y con los primeros disparos de fusil huyeron, y los empleados del Gobierno huyeron al lado de Dipilto pasando el río, mojándose; pero Estrada no pudo, lo alcanzaron en la costa del río los de arma blanca, y allí lo mataron.

Conversaba con éste, que decía ser Secretario del Alcalde, cuando llegaron a visitarme don Pedro Larios, dueño de la hacienda de Colón, don Manuel Calderón y don Pío Castellón. La cordialidad del saludo de estos amigos desengañó al otro visitante de su error de haberme tomado por guatemalteco; se despidió, montó a caballo y salió del pueblecito precipitadamente. Los amigos, cuando estuvimos solos, me informaron que aquél era un mal hombre; yo les referí todo lo que me había narrado acerca de los antecedentes que habían tenido lugar respecto de la contribución decretada por el Licenciado Estrada, la correspondencia de Salinas y la determinación, tomada en Somoto, de eliminarlo: y ellos confirmaron los conceptos de la narración de dicho hombre.

Yo le referí que, entre Nacaome y Choluteca, me había encontrado con el General Trinidad Salazar, y que habíamos conversado de la situación de Nicaragua; que las fuerzas del Salvador y Guatemala y las de Nicaragua estaban en León, procurando que no hubiera más que un solo Gobierno para abrir la campaña contra los filibusteros; y que en Choluteca había sabido que el Jefe del Gobierno granadino había muerto en el asalto del cuartel del Ocotál: que era posible que ahora se unificaría la acción de todo el país para combatir al único enemigo, que era Walker; que éste había fusilado en Granada a su hermano Mariano Salazar.

Los amigos me dijeron que era cierto todo: que así lo refirió en el Ocotál el General José Bonilla, quien de Matagalpa había venido con una fuerza a recoger a los dispersos el día de la catástrofe; que éste había llevado a don Nicasio del Castillo para ponerlo al frente del Gobierno legitimista, en reposición de Estrada; que se llevó a todos los que habían salvado la vida, pasando la frontera hasta Danlí, los cuales eran J. León Bendaña, Ignacio Padilla y otros, y éstos se habían juntado ya con el General Martínez, Chamorro, Fernando, Dolores Estrada, Francisco Gutiérrez y otros; que don Nicasio estaba funcionando en Matagalpa, como Presidente, y Martínez como Jefe de las armas; que tenían un pie de ejército, y que el Jefe había mandado con tropa a Estrada a San Jacinto para dar garantía a los hacendados.

Todas estas noticias las condensé en una larga carta que escribí al Presidente Guardiola, y la incluí abierta con su respectiva cubierta para que se informara de todo el General López, y Xatruch en Nacaome, y la mandase a Comayagua, y a mi Jefe le decía que devolvía con el capitán la compañía, porque sólo se me había dado dinero para sueldo de ocho días, y que mi misión demandaba triple tiempo, atendida la distancia que había, para hablar con las personas que se habían internado tanto en el territorio de Nicaragua. Despaché la tropa, para internarme con mi ayudante y el vaquiano que me proporcionaron los amigos.

Salí de San Marcos de Colón, pueblecito limítrofe de Honduras, y sin tocar con ninguna población llegué a Estelí. Ami-

gos míos los Lanuza me acogieron benévolos, y me informaron que el General Martínez se había reunido en Metapa con el doctor Cortés, Guzmán, Avilés y otros de los principales granadinos; y de allí se había ido para León, en donde se hallaba; que se sabía que los filibusteros habían atacado a San Jacinto, y que Estrada los había derrotado.

Los Lanuza eran personas muy vivas y muy experimentados en asuntos políticos y revolucionarios; en su casa dormí, tomé la resolución de ir, antes que a Matagalpa, a Metapa, en donde mi familia tenía una hacienda de ganado, y de allí era conocedor de todos los vericuetos por donde podía comunicarme con los habitantes de la circunscripción de San Jacinto, y con el consejo de tan sensatos sujetos continué mi marcha para pernoctar en la hacienda. El mandador me informó que todas las familias de las haciendas vecinas se habían retirado a los lugares montañosos que ya conocía, y que entre esas familias estaba el doctor Cortés con unos heridos de la acción de San Jacinto a quienes estaban asistiendo.

El doctor Cortés había recibido un correo de Matagalpa, con carta del General Martínez, invitándole para que saliese a Metapa, por donde pasaría él para León, a tratar de la unión de los partidos, y quería oír su opinión y que allí llegarían don Augusto Aviles y otros amigos: Cortés asistió con prontitud, de modo que llegó simultáneamente con Martínez dos horas antes que los demás y pudo leer el primero las cartas de los Generales guatemaltecos Solari y Paredes, las de los Generales Belloso y López, del Salvador y Honduras, y de expresarle con claridad su opinión, a saber, que era probable que los otros amigos convendrían en darlo todo por la unión, menos por la Presidencia; pero él debía sacrificarlo todo por el triunfo de la causa nacional; que era necesario sacar del país a Walker unidos los nicaragüenses en un solo Gobierno. El General Martínez se manifestó de acuerdo en todo con el doctor Cortés, y éste le recalcó por último la unión a todo trance. «Piense, General, le dijo, que éste es un acto trascendental; fíjese usted que de aquí depende su porvenir.»

Llegaron al rato Guzmán, Avilés, Argüello, Arce y Chamorro; y después de leer las cartas de los Generales de Guate-

mala, del Salvador, Honduras y Nicaragua, y de considerar el asunto por todas sus faces, convinieron en unirse cediéndolo todo, pero salvando el principio de autoridad que representaba don Nicasio del Castillo. Ya estaba prevista esta salvedad de los legitimistas en la Convención con el doctor Cortés, y Martínez acompañado de Guzmán marchó para León.

En mi conversación con el Doctor Cortés, referente a la prisión de don Mariano Salazar, hecha en alta mar por un buque de guerra, cuya existencia nos comunicó hasta Nacaome el Comandante de Amapala junto con la noticia del robo de unos cerdos a la embarcación de Bachiche, le pregunté que cómo habría adquirido Walker ese buque, y el Doctor Cortés me dijo que ese buque era de don Mariano Salazar y de Mr. Morton en Compañía; y que éste arribó a San Juan del Sur en negocios de comercio, habiendo sido embargado pretextando que no llevaba sus papeles en regla, y lo declararon buena presa por pertenecer a un enemigo de la causa, como era Salazar; que el buque llevaba el nombre de *San José*, el cual fué cambiado por el de *La Goleta Granada*; la armaron en guerra para llevar a cabo sus piraterías cruzándose el golfo de Fonseca.

Cierto era lo que el Doctor Cortés me decía entonces, y para dar a conocer los detalles de ese hecho voy a copiar lo que sobre el particular escribió Walker, y hago esta referencia porque en ella aparece un tipo fatídico de esa época, funesta para Nicaragua y para Centro América; es como sigue:

«La goleta *San José* había sido comprada por Mariano Salazar en sociedad con Mr. Morton. El vicecónsul americano en El Realejo, Mr. Janfreau, dió carta libre de navegación a dicha goleta y permitió que el buque enarbolase la bandera americana. Con esta confianza entró al puerto de San Juan del Sur. Pocas horas después de haber anclado en el puerto dicha goleta fué embargada por no tener sus papeles en regla. Morton apeló al Ministro de los Estados Unidos en Granada y Mr. Wheeler resolvió que la goleta lejos de tener derecho a la protección de la autoridad americana debía, por el contrario, ser castigada por el abuso del pabellón americano. Por consecuencia la goleta *San José* fué confiscada en favor del Gobierno de Nicaragua, es decir, *¡en favor de Walker!*...

Protegido este filibustero con la resolución de todo un Ministro americano aumentó su audacia y la hizo bautizar con el nombre de *Granada*, y dijo él «que la dotó de cañones para hacer el corso, dando el mando de ella al teniente Coliender Jaysseux, natural de Missouri (Estados Unidos), que había servido en Tejas bajo las órdenes del Comodoro Moore. También había acompañado al General López en su expedición a la isla de Cuba en 1850, y contribuido en Cárdenas, poderosamente, al buen resultado del desembarque de las fuerzas del vapor *Creole*, llegando a tierra a nado, llevando una cuerda entre los dientes, con el objeto de vencer las dificultades que se encontraban para que el bote arribara al muelle». Tenía, pues, todas las dotes para ejercer la piratería: era el hombre que buscaba Walker.

Este Jaysseux, en su cruzada por el golfo, capturó el bongo que había salido de El Tempisque con Salazar y lo condujo a San Juan del Sur, de donde pasó a Granada; allí fué pasado por las armas a los once días de su llegada, por Walker. Refiere este filibustero que cuando las solicitudes a favor de la vida de aquel gran patriota llegaron a Granada éste ya había sido fusilado. Y que una de estas gestiones fué la comunicación del vicecónsul inglés Manning, en que le rogaba al Ministro americano se interesase en favor de la vida de Salazar, porque al Doctor Livingston lo tenían preso en León, en rehenes, respondiendo por la vida de éste.

El Ministro americano contestó que el Doctor Livingston era ciudadano de los Estados Unidos y por tanto no tomaba participación en la política de este país como lo hacía Salazar, quien era uno de los hombres más prominentes de la revolución y que, en consecuencia, el Doctor Livingston debía ser respetado, no debiendo, por lo tanto, obediencia alguna a las autoridades de Nicaragua. Al mismo tiempo escribió a Belloso, General en Jefe de los ejércitos aliados, haciéndole saber que si Livingston sufría algún ultraje el Gobierno americano exigiría la más estricta responsabilidad por esos ultrajes a los Gobiernos de El Salvador y Guatemala y que, en caso de que se tocara un solo cabello a Livingston o a cualquiera otro ciudadano americano, su Gobierno y el de Guatemala sentirían todo el peso de una potencia que al mismo tiempo que respeta los

derechos de las demás naciones, está dispuesta a vengar el honor, la vida y la propiedad de sus ciudadanos, contando para ello con el suficiente poder.

Estas son las notas abusivas de más alta resonancia que salieron de la Legación americana en el cruento desenlace en la muerte de don Mariano Salazar y que se ha hecho necesario referir aquí, como que ellas acaban de trazar los últimos contornos de la fatídica figura de Mr. Wheeler, figura que comenzó a esbozar él mismo desde que llegó a Nicaragua.

Estábamos en Granada, dentro de la plaza sitiada por Jerez, cuando un día vimos venir de Jalteva y por la calle real a tres yankees, uno de los cuales traía desplegada al viento la vistosa bandera de las franjas rojas y de las estrellas: ¡era el pabellón de los Estados Unidos! J. H. Wheeler era uno de los tres: éste era, se dijo, el Ministro americano, que quiso visitar al General Chamorro; pero en realidad también a Jerez y a las fuerzas de que disponían uno y otro, antes de decidirse por la autoridad que debía reconocer.

Los dos que le acompañaban eran don Brisol y C. C. Hornsby; otro, llamado Thomas F. Fisher, se había quedado en Jalteva, donde Jerez; eran tres bandoleros ilustrados, que «bajo la protección del pabellón americano» venían de compañeros, sirviendo de escolta a Mr. Wheeler, a visitar el campamento de Jerez y el de Chamorro, bien así como los quebrantahuesos ocurren a donde ven el humo de la quemazón de los campos, para cazar las sabandijas que desaloja el incendio.

Acompañado de esta clase de sujetos, regresó el Ministro a Rivas, y los otros continuaron a California, repleta la cabeza de cada uno de ellos de planes de explotación de Nicaragua, a favor de la guerra civil en que estaba envuelta, y Walker los aprovechaba allá en California, en donde permanecía decepcionado de su aventura de Sonora.

Mientras tanto, Jerez, con la pérdida de la plaza de Masaya, levantó su campamento de Jalteva, y las fuerzas legitimistas recobraron los prestigios que habían perdido y la obediencia al Gobierno que ejercía el Diputado Presidente José María Estrada; y entonces Wheeler presentó su diploma y fué recibido en Granada oficialmente por Estrada en su carácter de Minis-

tro diplomático del Gobierno de los Estados Unidos de Norte América, y como tal abrió relaciones en nombre del Gobierno que representaba y estuvo gozando de las prerrogativas de su alto rango durante ocho meses, hasta que desapareció el Gobierno Estrada, por consecuencia de la toma de la plaza de Granada por Walker, el 13 de octubre de 1855, en virtud de lo cual desaparecieron los dos gobiernos que Estrada y Escoto ejercían, el uno en León y el otro en Granada, quedando sólo el gobierno de hecho de don Patricio Rivas.

El derecho de gentes establece que en estos casos los pueblos le deben obedecer y respetar; por eso el Ministro Wheeler pudo políticamente continuar sus relaciones diplomáticas con el Provisorio Rivas, puesto que el cambio del personal del Ejecutivo no implica la variación de la entidad moral política del Gobierno; sin embargo, quiso ser recibido de nuevo, en su carácter oficial, y el Presidente Rivas le acordó una recepción espléndida, que se le hizo conforme al reglamento diplomático, no obstante que ese carácter oficial no sirvió de ninguna garantía al desgraciado Ministro Mayorga, del Gobierno Estrada, para no ser extraído de su casa por Walker, para fusilarlo, estando bajo la protección de la bandera de la Legación americana.

Transcurrieron muchos meses, cultivando muy buenas relaciones diplomáticas en representación del Gobierno de Washington ante el Gobierno que ejercía don Patricio Rivas, y cuando Walker, militar en servicio de este gobierno, se levanta contra éste y finge una elección de burla, y usurpando el título de Presidente hace la farsa de inauguración de una mascarada de Presidente, Wheeler baja sin pudor del alto puesto de una Legación tan decente y respetable, y sin parar mientes en el decoro de su elevada posición, toma parte en el carnaval de la pseudo-Presidencia de Walker, pasándole una nota oficial, como si fuera verdadero Gobierno, diciéndole que tiene instrucción de su Gobierno para tratar de ciertos asuntos con el Gobierno de Nicaragua. Pero el Gobierno de Nicaragua existía en occidente, Wheeler lo sabía, pues con él se había estado comunicando. ¿Por qué dirigirse a un intruso como Walker?

El lector quizá encuentre solución a esta cuestión, fijándose

en los dos hechos remarcables de la conducta oficial de este personaje sombrío; la resolución que dió a la apelación de su connacional Mr. Morton del embargo de su goleta *San José* en San Juan del Sur, con la cual autorizó implícitamente a Walker para arrebatarla y armarla en corso, contra los Estados que le hacían la guerra, para sacarla del país; y la contestación que dió al Vice-Cónsul Manning en el asunto de la prisión de don Mariano Salazar, con la cual Walker se creyó alentado para fusilar a aquel honrado ciudadano nicaragüense.

El Ministro Marcy, del Gobierno de los Estados Unidos, propuso al Presidente Pierce que se destituyese a Wheeler por la conducta indigna que observaba en la Legación de Nicaragua, aunque no se verificó, por razones especiales de la política de entonces en Norte América; pero la proposición sola, implica la desaprobación de su abusiva conducta.

Se han narrado todos estos hechos, verificados entonces, y los decretos sobre esclavitud y rapacidad de los terrenos en teoría, porque esos hechos fueron el abismo que el doctor Cortés decía que los nicaragüenses tenían a sus pies, y no lo veían porque estaban obcecados y ciegos por la pasión política.

Volvamos a la narración de mi viaje a Nicaragua y mi regreso a Honduras, con la crónica de la guerra y de la política palpitante, conforme los datos recogidos por los lugares adyacentes al teatro en que habían tenido lugar los sucesos; residencia de las familias propietarias de las haciendas de aquella región, en la cual se contaba la mía y la del doctor Cortés, en cuyo ilustrado criterio descansa mi referencia de esos días.

Ubaldo Herrera, democrático granadino al servicio de Walker, hacía frecuentes incursiones a los hacendados de ganado del «Llano» de los legitimistas de Granada, y se llevaba grandes partidas de reses para el sostenimiento de los filibusteros. Un día de tantos un vecino de aquellos lugares, de estatura diminuta, coloradito, pelo lacio bermejo, ojo fino y frente despejada, inteligente y audaz (era el Administrador de los cuantiosos bienes pecuarios del rico sacerdote J. Zelaya), haciendo uso de su influencia en los hombres de aquellos campos los invitó para quitar a Herrera la partida de reses que había reunido en San Roque.

Emboscado José León Zelaya con todos los mandadores y sabaneros de las demás haciendas en un punto obligado, por donde precisamente debían pasar, y armados de escopetas cazadoras, Zelaya dió a cada uno su consigna para blanquear a los yankees, y encargando al que mejor conocía a Ubaldo Herrera el tiro de su pólvora bien ensayada. Los merodeadores no se apercibieron porque los campistas guardaron profundo silencio; cuando sintieron acercarse a la quebrada, y cuando bajaron al fondo, a una señal de José León dispararon, dando un grito simultáneo; Herrera cayó del caballo al golpe de la bala que le quitó la vida y los yankees huyeron dejando las reses.

Despavoridos los filibusteros llegaron a Granada, enlodados y con los vestidos desgarrados por las zarzas del camino, a referir el ataque de un enemigo invisible y la muerte de Ubaldo Herrera: suceso por el cual Walker dió orden al Comandante de Managua, el Coronel Macdonald, para que saliese con su fuerza a explorar el campo por el lado de Tipitapa, hacer las averiguaciones del caso, destruir la reunión y capturar y castigar severamente a los que cogiese.

En consecuencia, salió de Managua el Coronel Macdonald con su segundo el Capitán Tarvis; y en Tipitapa supieron que en San Jacinto había fuerzas del país; dieron descanso a su tropa y en la noche anduvieron hasta llegar, antes de amanecer, a las cercanías de San Jacinto, esperando la luz del día para conocer el lugar y la gente que hubiera: y no bien hubo amanecido cuando recibieron las primeras descargas de fusilería que los filibusteros contestaron, entablándose un ataque formal y haciendo vigorosa resistencia con fuegos tan nutridos que al cabo se vieron obligados a declararse en derrota, llevándose varios heridos, entre ellos al segundo Jefe de las fuerzas, cuyo nombre no recuerdo, lo mismo que al Teniente Abelardo Vega, a quien dejaron herido en San Jacinto. El Teniente Vega era originario de Masaya.

Este encuentro tuvo lugar el 6 de septiembre y la derrota sufrida por los yankees, aunque pequeña, presentó a Walker un inconveniente más serio, por el cual le impedía por completo la provisión de carne para el alimento de sus tropas, cuya si-

tuación se hacía indispensable remover lanzando de San Jacinto la fuerza que lo ocupaba.

Conocidas por las tropas americanas la grave situación que los rodeaba, muchos yankees, aun de los que estaban de baja, se alistaron voluntariamente en la fuerza que iba a asaltar a aquella plaza a toda costa, seguros de que sus esfuerzos serían recompensados con las haciendas del Llano, confiscándolas a su favor, conforme la legislación walkeriana.

Impelidos por la ambición de hacerse dueños de aquellas vastas propiedades se agregaron a la columna expedicionaria doce personas notables, aunque no poseían conocimientos militares, contándose entre ellos Mr. C. C. O'Neal Marshal, Byron Cole y otros, que se agregaron en Masaya como si se tratase de una jira de campo lucrativa. En Tipitapa se organizaron, dando el mando en Jefe de aquella banda a Byron Cole por el conocimiento que tenía de aquel sitio que siempre recorría en negocios de ganado. Cole llevaba como segundo Jefe a Mr. Marshal, comerciante americano. Esto lo refiere el mismo Walker, sin cuidarse de confesar su informalidad en aquel movimiento de tanta trascendencia.

La casa principal de San Jacinto es grande y de cuatro corredores, con paredes de adobe; está situada en terreno plano, al propio pie de la falda del cerro de su nombre, y por el Sur y Norte está desmontado el terreno de modo que pueda divisarse a larga distancia. Como la vez primera anduvieron por la noche el trayecto de cinco a seis leguas que hay entre Tipitapa y San Jacinto, y para no ser vistos desde lejos cubrieron su tropa con el bosque de la falda del cerro, hasta llegar a la par de la casa, la cual la tomaban debajo, sintiendo gran satisfacción al no haber encontrado cubierto por tropas el flanco izquierdo del enemigo, lo cual les permitió llegar sin ser molestados por nadie, y que su ala derecha rompiese sus fuegos desde aquel punto alto, que dominaba la casa y los corrales de piedra. Esa gran ventaja del terreno ocupado por los yankees, fué estragosa para los defensores de San Jacinto, porque les sirvió para asesinar con sus rifles a gran parte de los oficiales y tropa que tenía bajo su mando en Jefe el General Do-

lores Estrada. ¿Por qué éste, como Morazán en Gualcho, no mandaría tropas a ocupar esa altura?

Se necesitaba todo el valor, sangre fría y elevado temple de alma de este General, para dominar la azarosa situación en que le colocó el haber dejado ganar la altura al enemigo; pero que, a pesar del mayor alcance de sus rifles, fueron derrotados por el valor de los hijos de este país. En su insensato orgullo, esos extranjeros eran una raza degenerada, y probaron, por cuarta vez, que la raza blanca no es tan superior a los nativos como lo creía su soberbio caudillo.

Caro les estuvo a los cultos bándoleros su tenaz aventura. Cole mismo pagó allí con su vida sus trabajos asiduos por que Walker comprendiese la negra tarea de establecer la esclavitud en este país: Marshal, Waking y casi todos los oficiales fueron víctimas de su ciego arrojo en aquella atrevida empresa, dejando más de la tercera parte yertos cadáveres en los campos de San Jacinto.

No fué menos el estrago que causaron con sus rifles y revólveres en los bravos subordinados del General Estrada; baste decir que el mayor número de jefes y oficiales quedaron heridos. Francisco Sacasa, Salvador Bolaños, de Masaya; Francisco Avilés, de Managua; Carlos Alegría, Manuel Marengo Gualcho (éste fué herido el 6); Abelardo Vega, de Masaya, y otros cuantos fueron mandados al doctor Cortés, en su hacienda, para que les prestase sus servicios quirúrgicos, y puestos al cuidado humanitario de señoritas de varias familias de Masaya, que estaban emigradas en su hacienda.

Hasta aquí la crónica de la situación bélica; debemos continuar la de la política. El General Martínez, de regreso de León, al pasar por Metapa, mandó al doctor Cortés una copia del tratado de unión de los nicaragüenses, celebrado entre él y el Presidente Patricio Rivas, con intervención amigable de los generales del Salvador y Guatemala, jefes de los respectivos ejércitos auxiliares. En este tratado se acordó que en Nicaragua no habría más que un solo Gobierno presidido por don Patricio Rivas, y que don Nicasio del Castillo, que ejercía la Presidencia que habían inaugurado los legitimistas en Matagalpa, iría a León a ocupar un puesto en el gabinete con el

carácter de Ministro de Estado. El General Martínez quedaba nombrado General en Jefe de las fuerzas de Segovia, Matagalpa y Chontales, que se llamaría ejército del Septentrión, con todas las facultades de Gobierno en lo económico y militar, para levantar tropas y sacar de los propietarios los recursos necesarios para su equipo y mantenimiento.

Al saberse en Matagalpa los conceptos de este tratado hubo una explosión de airada desaprobación, se reunieron los políticos y militares granadinos, y otros; se propuso la no aceptación del tratado, desconocer a Martínez, llegando el calor y frenesí hasta proponer que Martínez fuese juzgado en consejo de guerra como traidor. El fanatismo político, el acaloramiento de los legitimistas, mientras no había llegado Martínez, contagiado a los vencedores en San Jacinto, y el General Estrada, que después de su triunfo se encontró débil, por tantas bajas como le habían causado las balas de los rifles filibusteros, había pensado levantar el campo, si volvía Walker a mandar otro ataque, cuando recibió las acaloradas cartas de los que estaban en Matagalpa; él también montó en cólera, y pensó en disolver la fuerza que le había quedado.

Pero como todo el calor pasó por las patrióticas exhortaciones de don Nicasio, quien con noble y elevada abnegación les manifestó que él por su parte aceptaba el tratado, para ir a cooperar al triunfo sobre Walker, que era el sentimiento que debía prevalecer sobre toda pequeñez de mando, se calmó la tempestad. El General Martínez mandó un correo al doctor Cortés, explicándole que en Matagalpa se habían serenado los ánimos, por el buen juicio de don Nicasio, quien no tardaría en marchar a León, pero que en San Jacinto quería Estrada disolver la guarnición; que se le acercara para calmarlo. Cortés lo hizo así, y fué feliz en su misión, porque el General atendió benévolo a sus insinuaciones de no marchitar los laureles que tan gloriosamente había adquirido, y de no convertir la derrota de Walker en un triunfo brillante dividiendo otra vez a Nicaragua. De esas haciendas salí para Honduras, pasando por Matagalpa, en donde hablé con el General Martínez sobre la situación en que estaba la fuerza auxiliar de Honduras, que ocupaba Nacaome, en expectación de los sucesos de las Sego-

vias, en poder de los legitimistas, y del desenlace que tuviera la dualidad de los gobiernos, que presentaban tanto embarazo a las operaciones de la guerra; cuya cuestión, ya resuelta por el tratado que él había tenido la gloria de firmar, expediría la movilización de la fuerza auxiliar de Honduras; por lo cual regresaba contento, portador de tan feliz acontecimiento, «por-que ya Guardiola daría la orden de avance» a la fuerza auxiliar hondureña, detenida en Nacaome.

El hecho frecuente, en toda época de guerra, de alterar la verdad, y aun de inventar sucesos, por los amigos de uno y de otro ejército de los contendientes, que hace que un mismo hecho se refiera en sentido diametralmente opuesto, sería el excepticismo político; y se hace necesario no sólo desprenderse de las afecciones políticas, sino también reunir cosas materiales, que demuestren la exactitud de la narración, para llevar el convencimiento al ánimo de los que, estando a larga distancia del teatro de la guerra, buscan en medio de encontradas relaciones cosas palpables que den a su criterio un apoyo para decidirse, por uno u otro extremo de los divergentes datos.

Llevaba, pues, para Honduras la palabra autorizada del doctor Cortés y la del General Martínez. El resultado de la evolución política constataba con las firmas que autenticaban el tratado de 12 de septiembre, del cual me dió seis ejemplares impresos, y los actos del Presidente Patricio Rivas, ya firmados por don Nicasio del Castillo, en desempeño del Ministerio, además de la victoria de San Jacinto; llevaba dos cartas en inglés, con manchas de sangre, que se habían encontrado en la bolsa del vestido de un cadáver yankee y que le habían llevado de San Jacinto al doctor Cortés, quien me las dió para que las llevara, y además el General Martínez me dió dos armas de precisión, hasta entonces desconocidas aquí, porque todavía no habían venido al país: a saber, un revólver grande cañón de nueve pulgadas, y un rifle minic de los que se recogieron en el campo de la lucha de San Jacinto, después de la derrota.

Martínez mandaba estas armas regaladas, el revólver al General Florencio Xatruch, y el rifle al General don Juan López. Con tales testimonios regresé para Honduras por distinto

camino del que llevé, y entré por el Corpus, para pasar por Choluteca a Nacaome.

Cerca del Corpus, y en una casita del camino, después de haber pasado el pueblecito «Las Sierras», estaban cinco soldados desertores con sus vestidos tendidos al sol, secándolos porque llovía mucho, y lo mismo hacían con sus fusiles y cartucheras tendidas en el suelo; antes que se apercibieran corrimos, mi ayudante y yo, y los sorprendidos, reconviniéndolos por desertores; ellos me confesaron que eran del ejército guatemalteco, y que de León habían desertado porque se estaban muriendo de vómito prieto; hice una indagatoria de todo lo que podían informar aquellos infelices indios semisalvajes, de los altenses, me dió lástima, les di un miserable socorro y continué para el Corpus.

Cuando llegué a Nacaome, los Generales López y Xatruch estaban en Tegucigalpa. Habían ido a aquella ciudad llamados por el Presidente Guardiola, con motivo de la celebración del aniversario de la batalla de Masaguara, ganada el 13 de octubre del año anterior por el General Juan López, y que dió por tierra con el Gobierno del General Cabañas, el cual era obsequiado al vencedor: yo me entusiasmé porque esta fiesta del cachurequismo que reuniría a todo lo más granado de la culta sociedad de Tegucigalpa alrededor del Presidente Guardiola y del General López, me presentaba ocasión oportuna para exhibir las armas quitadas a los filibusteros que estaban atropellando a Nicaragua y amenazando a Honduras y a los demás Estados de Centro América.

La fuerza había encargado al General Ordóñez, quien se mostró bien impresionado con todo lo que yo refería, y don Mariano del Valle y demás amigos de Nacaome aprobaron mi viaje a Tegucigalpa, adonde partí midiendo la jornada, de modo que llegase en la noche del baile, y para lo cual don Mariano quería que yo le llevase unos pendientes de diamantes a su hija de catorce años, linda y graciosa morena que era una de las más distinguidas señoritas de aquella culta sociedad.

Una hora antes de comenzarse el baile llegué a la ciudad, y cuando estaban todos reunidos, me presenté en el salón con mi vestido de viaje; yo era de todos conocido, y sabían que

andaba por Nicaragua, y Guardiola, López y demás jóvenes y caballeros, me rodearon ávidos de saber la verdad de todo lo que se decía de Nicaragua, porque yo gozaba entre aquella buena gente de reputación de formal y serio, a pesar de mi edad. En medio de mi narración sobre la unificación de los partidos, leí en alta voz el tratado de 12 de septiembre y pedí permiso de ir a saludar y poner en sus manos un ejemplar a doña Anita de Guardiola; los hurras eran atronadores, y el champaña los hacía más expansivos, muy particularmente cuando narré el triunfo de San Jacinto y pedí al zarco muchacho que había dejado en la puerta con el revólver y el rifle, que exhibí como trofeos de la victoria, que el General Martínez mandaba regalados, con los cuales se autenticaba la verdad de mi relación, porque esa clase de armas no eran todavía conocidas entre nosotros. Las armas pasaron de mano en mano, y hasta las señoritas participaban de aquella curiosidad varonil, creciendo la autenticidad de la derrota de los filibusteros en San Jacinto, al ver las manchas de sangre en las cartas que, escritas en inglés, se habían encontrado en los cadáveres de los yanquis.

Receloso y desconfiado por carácter, el Presidente Guardiola había estado remiso para movilizar la fuerza de Nacaome. «No, decía él, porque desconozca el valor y denuedo de los hijos del país, que bien lo han probado con sus victorias sobre los filibusteros el 29 de junio, el 25 de marzo, el 11 de abril y el 14 de septiembre, sino por el aferramiento de los chamorristas en conservar el Poder en su partido; lo cual era un grave inconveniente a la unidad de acción en las operaciones de la guerra, la cual sólo puede existir con la subordinación de todos a una sola cabeza.»

Removido el obstáculo de la división, entre los democráticos y legitimistas, por el tratado de 12 de septiembre, el Presidente Guardiola se decidió a disponer el avance de la fuerza acampada en Nacaome, y al efecto, nombró al General Francisco López para que se pusiese a la cabeza de ella y marchase a incorporarse a las fuerzas aliadas de los demás Estados de Centro América, avisando al General Martínez en Matagalpa, al Presidente Rivas y a los Generales Paredes y Belloso en

León, jefes de las fuerzas del Salvador y Guatemala, respectivamente.

El General Estrada, el héroe de San Jacinto, por orden del General Martínez, marchó de ese punto al mando de la vanguardia del ejército septentrional y ocupó la plaza de Managua, junto con el General Jerez, que mandaba la vanguardia del ejército Occidental.

Los aliados abrieron la campaña nacional iniciando la guerra con la ocupación de la plaza de Managua por las fuerzas de vanguardia comandadas por el General Jerez la de Occidente, y por el General Estrada la del Septentrión, las que habían triunfado en San Jacinto, a las cuales siguieron las fuerzas de Guatemala, El Salvador y Honduras, al mando de los Generales Paredes, Belloso y López, respectivamente.

La esperanza que el Doctor Cortés abrigaba de ver a Nicaragua redimida, mediante el tratado de 12 de septiembre, en que entraban en arreglo los partidos, iba tomando ya una forma práctica con la movilización de los ejércitos, a los cuales no tardaría en unirse el de los valientes costarricenses, y el mismo Doctor Cortés pensó salir de su retraimiento cuando el General Martínez llegase al teatro de las operaciones bélicas.

Los filibusteros habían fortificado hábilmente a Masaya, mas sin embargo Walker mandó reconcentrar sus guarniciones, lo mismo que las de Managua y Tipitapa. ¿Por qué no se aprovechó de los desfiladeros que tiene el camino entre Mateare y Nagarote sobre la costa del Lago de Managua, y los de la Cuesta para combatir ventajosamente a los aliados? ¿Cuál sería la causa de no batirse en el puente de Tipitapa? ¿Qué razón tendría para no luchar con ventaja en la estrechez del camino que pasa por en medio del campo de la lava volcánica, o sea el de la Barranca de Nindirí? ¿Por qué no defendió los fortines inexpugnables hechos en Masaya, a los cuales ellos llamaban enfáticamente «La Malakoff» de Nicaragua?

Debe estudiarse la crónica de esas hordas semiorganizadas para que el lector pueda juzgar de tales hechos. La derrota de San Jacinto, donde sucumbieron hombres importantes como Byron Cole, factor principal en esta trágica y cruenta aventura, cuya muerte produjo pánico y desaliento entre los vándalos;

muchos pidieron su baja y muchos desertaron, y la fiebre, que ataca siempre a los hijos del Norte en la zona tórrida, hace más víctimas entre los que se exponen al sol, al agua y al viento en la vida militar, que sufren el hambre, las vigiliass y las penalidades por caminos agrestes y desiertos; todas estas circunstancias no permitían a Walker oponerse al avance de los aliados, porque sus hombres padecían de todo esto. También los aliados tenían que luchar con la naturaleza; ya en León habían comenzado a padecer por consecuencia del clima: los guatemaltecos altences sufrían en forma epidémica de vómito prieto en estos valles, en que una atmósfera encendida por los ardores del sol afectaba de manera seria a los que habían desarrollado su organismo en las montañas frías de los «Altos», por lo cual fué preciso cuando murió en Masaya uno de sus generales, el Jefe Solari, trasladar a todo el ejército guatemalteco a la región elevada y fría de los pueblos de Catarina, Diriá y Diriomo.

Esta medida llenaba dos indicaciones; la de la salud física aconsejada por la higiene y la de la moral del ejército, que exigía la política militar. El Presidente Patricio Rivas organizó el Estado Mayor del ejército aliado, nombrando primer Jefe al General Bellozo, y segundo y tercero fueron nombrados los generales de Guatemala y Honduras. El nombramiento del jefe salvadoreño despertó la antigua rivalidad de los guatemaltecos y un sordo descontento, que halló eco entre los legitimistas nicaragüenses, y con la colocación de aquéllos en los pueblos referidos se evitó el contacto entre los rivales, enervándose los sentimientos lugareños.

Sabedor Walker de que el ejército guatemalteco estaba separado de su cuartel general, calculó que los que habían quedado en Masaya estaban débiles; salió personalmente de Granada para venir a atacar esta plaza, con casi toda su fuerza, dejando una guarnición de doscientos al mando del Coronel Fry. Con objeto de dar una sorpresa, salió en la noche para atacar al amanecer, cogiendo descuidados a los que ocupaban Masaya. El insensato orgullo de Walker, de ver a los hijos del país muy por debajo del alto concepto que tenía de sí mismo, le ofuscaba para no fijarse en que tenía en contra el paisa-

naje de la población que ocupaba, en la cual todos espiaban sus movimientos y daban cuenta a los que venían a libertarlos de la odiada presencia de sus insoportables dominadores. Así fué que antes de llegar a Masaya encontró en el camino, apostados en posiciones ventajosas, a los aliados, los cuales parapetados a uno y otro lado de las accidentadas calles del barrio de Monimbó, les hacían un fuego mortífero desde sus selváticos predios, sembrados de plataneros y de árboles frutales que formaban un bosque que los abrigaba, para hacerles a la gente de Walker muchas bajas antes de que penetrasen al centro de la ciudad.

Por fin, esas fuerzas avanzadas tenían que reconcentrarse, como lo hicieron, después de varias horas de disputarles su avance, que les costó muchos muertos y heridos. Los del país fueron proporcionalmente menos, por el conocimiento topográfico de la localidad en que peleaban. La decantada superioridad de la artillería no les dió resultado, y aunque al llegar a la plaza de San Sebastián enviaron su metralla a los aliados, éstos se burlaron de ellos, llevando a la plaza principal la relación de los lances en que tuvieron en conflicto a los yanquis.

Todo el día estuvieron bombardeando la plaza principal desde la plaza de San Sebastián, sin éxito, y sus zapadores venían dentro de las casas de la calle real para avanzar terreno sobre ella, sin exponer el bulto; pero las gentes de Monimbó, por lugares sólo de ellos conocidos, trajeron a los aliados la noticia; y se mandaron guerrilleros, que sin ser vistos, cobraban un peaje de sangre, por cada boquete que abrían en las paredes de las casas.

Mientras tanto los jefes de la fuerza guatemalteca, que estaban en Dioromo, fueron también avisados de Granada, que Walker había salido con la mayor parte de los filibusteros, y que la plaza tenía muy poca gente. El General Paredes, y el entonces Coronel Víctor Zavala, reunieron todas sus fuerzas de Catarina y Diriá, y se fueron a atacar a Fry, que había quedado de Comandante. El empuje valeroso de esta tropa dirigida por tan denodados como expertos jefes militares, fué tan vigoroso y audaz, que muy pronto los subordinados de Fry quedaron reducidos al estrecho recinto de la plaza, y el jefe

en la casa de alto de Vega; el valiente jefe Zavala, ocupando el edificio del Hospital de San Juan de Dios, calle de por medio con el alto que ocupaba Fry, y ambos en el ángulo suroeste de la plaza. Zavala sabía hablar inglés, y les proponía condiciones honrosas para que capitularan. Todo fué en vano.

La ciudad toda estaba en poder de los guatemaltecos, que se embriagaron con las libaciones que los granadinos les proporcionaban, y fusilaron a varios extranjeros, paisanos de Walker, entre los cuales se contó un hombre pacífico, Mr. Cole, y un clérigo protestante.

No hubo un solo hijo del país que viniese a dar parte a Walker de que Fry estaba atacado por los guatemaltecos, y él, imbuído en la idea de tomarse Masaya, hacía funcionar su artillería y su infantería, con tenaz afán. El ruido del combate no le dejaba oír las detonaciones de los cañones y fusiles que se disparaban en Granada, y fué en un intervalo de la lucha, que creyó apércibirse y mandó un piquete de caballería a escuchar más de cerca; pronto regresó, y dijo que no quedaba duda de que Fry se estaba batiendo.

En las altas horas de la noche, y con todo sigilo, Walker se fué para Granada; los guatemaltecos fueron avisados por el paisanaje, y apostaron gente a un lado y otro de la calle de Jalteva, de modo que al entrar los filibusteros eran contenidos por los fuegos que les llovía de todas partes, hasta que hicieron una carga heroica y entraron a la plaza, dejando la calle sembrada de cadáveres, que con los que había dejado en Masaya, ascendían a una gran cantidad. Walker, en su furor, mandó fusilar a los que, rezagados por embriaguez o por haber confundido los rumbos, hacían caído en su poder, entre ellos un Coronel, algunos Capitanes y Oficiales chapines: en represalia, decía, de un edecán suyo que cayó prisionero en el camino, por disputar la posesión de un cañón que él abandonó en su fuga en la noche anterior, y que había alcanzado la fuerza que salió en su persecución.

El General Martínez llegó con la columna septentrional a Masaya, y entonces el doctor Rosalío Cortés salió de su hacienda, y se situó en Nindirí, porque su casa estaba sirviendo de cuartel, y allí atendió al valiente Capitán Tomás Blanco, que

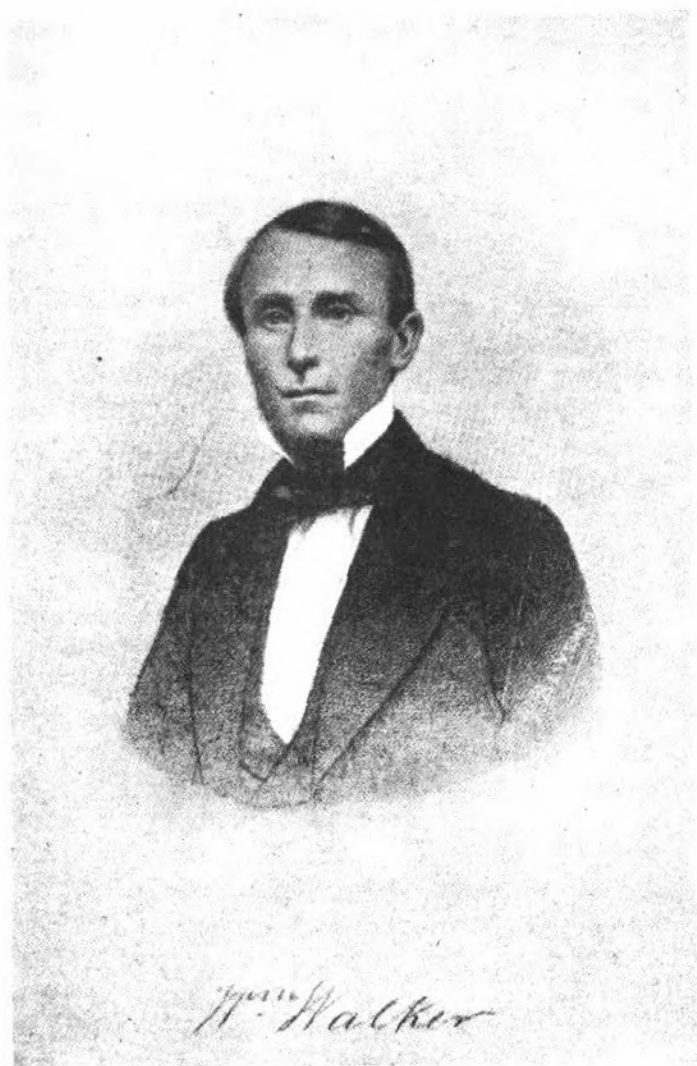
estaba acribillado de balazos, sujeto de bellas cualidades; no sólo tenía un valor raro, sino que era de genio amable, de carácter firme y generoso, que lo hacía acreedor a la estimación de su familia y a la atención del General Martínez. También el ínclito General Cañas había logrado atravesar, peleando con los yanquis, el Tránsito, y apareció por Jinotepe, adonde lo fué a recibir el General Jerez, pues venía a juntarse con los aliados.

Walker repuso sus bajas con auxiliares que le vinieron de California y de Nueva York. Entre estos últimos obtuvo una para él brillante adquisición: el famoso Henningsen, quien le trajo armas y municiones. Es preciso conocer este personaje que, como el Comandante de la goleta *Granada* en el Pacífico, vino a desempeñar un rol fatídico en el país; oigamos los datos que de él da el mismo Walker.

El Coronel Henningsen, dice Walker, había comenzado su carrera militar a las órdenes del caudillo carlista Zumalacárregui, y su servicio en España era a propósito para considerarlo útil para la guerra de Nicaragua. Aunque inglés de nacimiento, había pasado la mayor parte de su vida en el continente europeo, y después de la muerte de Zumalacárregui había residido algunos años en Rusia. Finalmente en 1849 adoptó la causa de la independencia de Hungría, y llegó a los Estados Unidos casi al mismo tiempo que Kossuk.

Estos datos de la vida de Henningsen le valieron el grado de General de Brigada, que le dió Walker, el cual fué objeto de censura, y causó gran descontento, en la oficialidad filibustera, previniendo la opinión contra él, porque no era americano. Walker, sin embargo, le confió la organización de la artillería, y escribió una instrucción para el uso del fusil *Minic*, haciendo ejercicios de tiro por algunos días, después de los cuales dispuso dar el segundo ataque a los aliados en Masaya, y llevó a Henningsen.

Tres días duró atacando, sin que su artillero nuevo fuese más feliz que el de la primera vez; del cual se burlaban los aliados, al ver reventar en el aire las granadas, sin causarles daño. Walker disculpaba al brigadier, atribuyendo ese resultado a que las mechas de las granadas eran cortas, como si esta circunstancia no hubiera debido ser tomada en cuenta,



William Walker

para calcular matemáticamente la distancia, para que el proyectil, hiciera su explosión en el punto adonde fuese dirigido. Es lo cierto que la competencia del connotado militar, que peleó al lado Zumalacárregui y Kossuk, no sirvió a Walker en el ataque a Masaya, viéndose obligado a levantar el campo, enfurecido porque no supo vencer a los que él, en su soberbia, creía de raza inferior; no supo vencer, pero supo incendiar, y al abandonar las casas, les daba fuego, dejando en cenizas el barrio de Monimbó y la iglesia de San Sebastián, en pago del amparo que hallaron bajo su techo sus heridos y sus muertos.

Nunca, desde que estaba en Nicaragua, según confiesa el mismo Walker, había sufrido tanto como en estos dos ataques de Masaya; muchos jefes, oficiales y soldados muertos, y una enorme cantidad de heridos, lo llevaban desalentado en su fuga y convencido de que ya no podía vencer a los aliados en estos puntos lejanos del istmo. Determinó entonces abandonar estas regiones, y situarse en aquel punto que llenaba las dos condiciones que le aconsejaban las circunstancias: la de poder recibir los auxilios que le mandaban sus parciales de California y del este de los Estados Unidos, y la de poder embarcarse en la goleta *Granada*, que armada en guerra tenía en San Juan del Sur.

Esta última condición era la más fundada, porque la goleta *Granada* tenía por capitán a Faysseoux, valiente y experto misionero, que había probado su valor y sus aptitudes en varias hazañas en el mar, muy particularmente en esos días, cuando, en combate naval con el bergantín costarricense *Once de Abril* había triunfado, incendiando a dicho barco, el que fué volado, según Walker, porque una bala del *Granada* dió de rechazo sobre algunas cápsulas, que se inflamaron por el choque, lo que incendió el bergantín y se fué a pique, salvándose de los ciento cincuenta que traía sólo cincuenta o sesenta costarricenses a bordo de la goleta *Granada*, recogidos por el capitán Faysseoux.

Soberbio e indignado por la azarosa situación en que le dejaron los dos reveses que sufrió en Masaya, Walker pasó por Granada, embarcó todos sus heridos, armas, municiones y todo elemento de guerra y de víveres, y en la misma noche zarpó

para San Jorge, dejando los heridos en la isla de Ometepe, en donde situó los hospitales, para que no fuesen a impresionar con su presencia al resto de su tropa. Para conocer la enorme cantidad de heridos, basta saber que Walker empleó los dos vapores del Lago: el *San Carlos* y el *Virgen*; y con refinamiento de crueldad salvaje dió a Henningsen la orden bárbara de incenciar Granada.

Al siguiente día Henningsen comenzó los espantosos preparativos de su nefanda obra, hacinando en medio de los salones de las casas, mesas, ropas, baúles, libros de las bibliotecas y toda clase de combustible; las familias salían como podían con sus líos de la ropa indispensable, al ver entrar los forajidos soldados filibusteros, borrachos con las bebidas de los almacenes y tiendas que iban a ser incenciados; y concluída la terrorífica faena, se diseminaron por toda la ciudad; con alcohol en toda forma, coñac, ginebra y con sustancias inflamables empapaban los montones de materiales dentro de las casas, y los altares de las iglesias, a los cuales arrimaron las mesas y muebles, con los vestidos del rito religioso; simultáneamente pusieron fósforos encendidos que prendiendo los materiales amontonados, las llamas dieron en los techos. Al cabo de media hora todo Granada estaba, cual inmensa pira, ardiendo, y la atmósfera cubierta de humo y de lenguas de fuego alumbrando la obra horrorosa y aterradora del vándalo famoso, que a su triste celebridad de asesino de Mayorga, Corral y Salazar, añadía la de atroz incendiario de una de las más bellas ciudades de Nicaragua.

Como quedaban aún en pie las esbeltas torres de la iglesia parroquial, las mandó minar por su base, colocó en las minas barriles de pólvora, clavó una lanza en medio de la plaza y le amarró un papel con esta inscripción: «Aquí fué Granada», y puso fuego al reguero de pólvora por la calle de Guadalupe; estalló la mina y volaron por el aire las torres, hechas mil pedazos, completando así la inhumana consigna de la execrable *Granada delenda*, que perpetuase la memoria aborrecida del jefe y del subalterno.

El lector extrañará que, hallándose tan próximo el ejército aliado, cuatro leguas apenas de distancia, no acudiera a atacar

a los vándalos, que estaban tanto tiempo de orgía, con lo que hubieran podido impedir el desastre, recibiendo, como recibían, el parte de los preparativos; pues bien, hay que narrar lo que sucedía, para que sirva de experiencia a la posteridad, y su lección pueda ser útil para evitar que las contiendas políticas no lleven la rivalidad lugareña tan lejos a los hombres como en 1854, 55 y 56. Referido queda ya que el nombramiento del General Beloso para primer Jefe de las fuerzas aliadas causó desagrado entre los guatemaltecos y salvadoreños, y que a esta rivalidad hizo coro el partido legitimista. Esta fué la razón por que Beloso era General en Jefe puramente nominal, y cada disposición u orden suya era objeto de objeciones, resultando que la obediencia fuese tardía, o que cada uno obrase aisladamente. Así fué que, cuando llegaron al amanecer del siguiente día, estaban humeando los escombros de la ciudad de Granada.

Paredes tomó por la derecha, pasando por las afueras, a situarse por el Sur en la hacienda de Sandoval, y Martínez, por el otro lado, Santa Lucía, para ocupar la prolongación de la altura de San Francisco, que ocupa el barrio «Palo Bonito», ambos dominantes, a la altura del punto en que estaba situada la iglesia de Guadalupe, relativamente superior, a los bajos del camino que va al Fuertecito, construido en parte dentro del lago. Estos dos puntos eran defendidos con valor indomable por Henningsen y los suyos, como los únicos puntos de salvación, puesto que los vapores estaban en poder de Walker y debía venir a sacarlos del peligro de perecer todos a manos de los aliados, cosa que, aunque infundada, la tenían como segura, y por eso se obstinaban en pelear hasta lo último, despreciando las garantías que se les ofrecían para que retornaran a su país.

En efecto, el vapor se les presentó a la vista, y aunque volvía a desaparecer, les daba aliento e infundía esperanzas. Así se explica que, agotados sus víveres, matasen las bestias mulares y se alimentasen con esa carne; hasta que por fin, una noche con las luces cubiertas para que no lo vieran los aliados, el vapor atravesó al frente de ellos y desembarcó fuerzas en «Tepetate», como el 13 de octubre, para llegar por la costa al Fuertecito, adonde volvió para anclar al frente

y estar listo a mandar lanchas y embarcar a los restos de sus cómplices incendiarios y saqueadores de la ciudad destruída.

Los desembarcados en «Tepetape» no llegaron impunemente a su destino. Previsto estaba ya por los aliados el caso, y habían construído en la costa una serie de trincheras con zanjas, en las cuales perdieron muchos hombres, entre muertos y heridos, para pasarlas luchando con desventaja, de modo que apenas volvieron a bordo, muy pocos fueron los subordinados de Henningsen que salieron de los escombros a embarcarse en el vapor, como se ve de la relación del mismo Walker, leyendo con detención y cuidado.

Gozóse Walker, con su instinto de fiera, en dejar postrada y exánime a la ninfa del gran lago, sin otro móvil que el negro, el execrable placer de destruir. El incendio de Granada y de Monimbó, en las circunstancias en que fué ejecutado, no obedecía a ninguna indicación del arte de la guerra. Los rusos dejan entrar al ejército francés, atrayéndolo al centro de la zona frígida, para que la naturaleza pelease por ellos contra el vencedor de la Europa atónita, y ponen fuego a la segunda ciudad del Imperio para que no encontrasen en Moscú abrigo para el hielo, que debía dejar rígidas en la intemperie las heroicas legiones que habían paseado triunfantes el águila francesa por Egipto, Turquía, Polonia, Italia, España y otras naciones valerosas de Europa. En efecto, los patriotas moscovitas vieron a Rusia libre del prepotente enemigo, que quedó sepultado en el hielo; pero el imbécil Walker, como le llamó García Granados, no ganaba nada con el incendio de Granada. Se apela a extremos espantosos, cuando así lo exige la necesidad de la guerra, para quitar al enemigo un punto, o evitar que lo tome para causar daño. Cuando Ylicona, con la fuerza auxiliar de Honduras, atacó por pueblo Chiquito para estrechar el cerco de la plaza de Granada por nuestro flanco izquierdo, y fué rechazado por el cañón disparado por el General Fruto Chamorro, éste observó que la fuerte arremetida de los democráticos tenía por objeto apoderarse de la casa de las Morales, calle de por medio con nuestra línea de defensa; y entonces mandó destruirla por el fuego; y al ver su dueño, Pedro Morales, al oficial Sebastián Espinosa y a Salvador Abaunza que iban a

ejecutar la terrible orden, preguntó si era cierto el propósito, y convencido de la triste realidad pidió a los oficiales el hacha y con su propia mano, y los ojos arrasados en lágrimas, aplicó a su casa la funesta tea. -

Pueblo virtuoso, como el granadino, que tiene hijos tan abnegados y patriotas como Pedro Morales, a quien no llevan en zaga los fríos moscovitas, no merecía la suerte a que lo condenó un salvaje togado, que con tanta crueldad dió la orden bestial de destruirla. ¿Por qué tanta saña? ¿Cuál fué el motivo para ese encono de fiera?

La perversión moral de este ente abominable, aborto del infierno, se conoce por sus propias palabras. Copiemos lo que dice el mismo Walker.

Ni la destrucción de Granada ha sido reprobada solamente en Centro América. Ha sido denunciada como un acto de vandalismo, inútil para el mismo que lo mandó ejecutar. Por lo que hace a la «justicia del acto, no puede ser puesto en duda», pues sus habitantes, «no obstante» ;ser deudores de vidas y propiedades a los americanos que estaban al servicio de Nicaragua!, se habían unido a los enemigos que luchaban por arrojar de él a «sus protectores» y favorecían a los enemigos del Estado de la «manera más criminal», sirviendo de espías contra los que «defendían» sus intereses y enviando a los aliados noticias de todos sus movimientos.

«Según las leyes de la guerra, la ciudad había perdido el derecho a su existencia, y la conveniencia de su destrucción era tan evidente como la justicia con que se ejecutaba. Alentaba a los leoneses «amigos de los americanos», al mismo tiempo que asestaba un golpe a los legitimistas, del cual no han podido reponerse. El apego que los antiguos chamorristas tenían a Granada era muy grande y especial. Sentían hacia su principal ciudad el amor de una mujer, y aun después de pasados muchos años, se les ve asomar las lágrimas a sus ojos cuando hablan de la destrucción de su amada ciudad.»

He insertado literalmente el párrafo anterior de la obra de Walker para que el lector vea hasta qué punto tenía pervertidos el sentimiento, el corazón y el cerebro. Estampa un grosero sofisma para llamar blanco a lo negro, y crimen a la vir-

tud. El mismo dice en otra parte de esa obra que su decreto sobre el uso del idioma inglés en los contratos tenía por objeto que la propiedad de los terrenos «quedase en manos de la raza blanca». Otro decreto suyo prevenía que las haciendas de los emigrados, y de todo el que le hiciese la guerra de cualquier modo, fuesen confiscadas y adjudicadas a favor de los americanos que peleaban en su defensa. No fué simple teoría para engañar y atraer a los extranjeros. La hacienda de cacao «El Rosario», en Rivas, fué adjudicada a Fayssoux, por el incendio del bergantín *Once de Abril*, y las haciendas del llano «San Ildefonso», Ostocal, «San Jacinto», «La Luz», «Las Maderas» y «San Roque» habrían sido adjudicadas a los bandoleros que atacaron a San Jacinto si hubieran triunfado el 14 de septiembre. ¿Así es como creyó que protegía la propiedad e intereses de los nicaragüenses?

Y ¿qué diremos de la protección a las vidas? Para este insigne malhechor debía serlo el asesinato perpetrado por él en notables hombres públicos, como el Ministro Mateo Mayorga, el General Corral y don Mariano Salazar. Hay en todo ese párrafo que atrás he copiado la exhibición clara de la perturbación cerebral más completa al calificar de justicia el hecho vandálico del incendio de Granada y callar el de Masaya, para burlarse satánicamente de su víctima porque llora su desgracia.

Pero no debe extrañar su burla de las lágrimas de los legitimistas, sin tomar en cuenta el aserbo quebranto, las tribulaciones y congojas de todo el país al saberse la terrible desgracia del incendio de una de las más bellas ciudades de Nicaragua. Legitimistas y democráticos habían sido ya insultados por Walker, cuando dijo que los granadinos no disimularon su gusto cuando fusiló a Salazar y Mayorga porque eran leoneses, «y que éstos se sintieron satisfechos cuando mató a Corral». Este atroz insulto abraza a todo Nicaragua, porque en este país el que no era entonces legitimista era democrático, sinónimos también entonces de granadinos o leoneses. Pero es que, para este monomaniaco, sólo la raza blanca merecía ser tratada con consideración. El mismo dice que «los americanos que le mandaban eran escogidos entre los vagos, tahures y borrachos de Nueva York»; y sin embargo los ponía

sobre los hijos del país porque eran blancos; los que por sólo el hecho de ser miembros de su llamado ejército, se creían dueños, como su caudillo, de vidas y haciendas, y andaban por todas partes con su rifle al hombro, y en cualquiera parte que vieran gallinas, pavos o cerdos los mataban a balazos y se lo comían. Por doquiera que pasaban, dejaban huellas de su rapacidad; entraban en los huertos, cortaban y comían las frutas como si fueran suyas, y aunque sus dueños reclamaban o protestaban contra aquel latrocinio, ellos se marchaban impávidos con la presa como si fueran cosas comunes que hiciera suyas el primer ocupante: y no eran hombres de esa laya solamente los que venían en el aluvión de cieno que entonces inundó a Nicaragua; había también mujeres, que hicieron su agosto en el saqueo general que precedió al incendio de Granada.

Al retirarse para el Fuertecito, se llevaron todo lo robado en los almacenes y casas, ocupando para transportar su botín los baúles y valijas que encontraban. Dice Henningsen que demoró la partida esperando a los que estaban acarreado *sus propiedades*; y Walker, que en el vapor salvó los heridos, enfermos, mujeres y niños con *sus intereses*, todo lo cual lo dejó en la isla de Ometepe; que le llegaron a avisar, después, que el pueblo se había levantado contra los americanos y había matado a todos, sanos y heridos. Para esto habían llegado unos botes de San Jorge con fusiles, porque cuando el vapor pasó por el lugar con los pasajeros de California hacia los Estados Unidos, ya estaban en unas lanchas las mujeres, enojadísimas, maldiciendo a los nativos. No habían matado a ninguno: el levantamiento había sido para quitarles los baúles y todo lo que habían robado en Granada. Este pueblo, dedicado a la agricultura y a la marina, es honrado, y hace su comercio con los lugares del continente por medio de piraguas, principalmente con la ciudad de Granada, por la cual tiene particular predilección. De algún modo quisieron castigar a sus victimarios.

Para Walker nada valían las leyes de la guerra, desde el punto de vista de sus proyectos de conquista; pero la hipocresía de invocarlas, estando, como está ya, en estos tiempos, abolido el derecho de conquista. Ejercía estas inquietudes como

conquistador; digo mal: como pirata de la laya de Gordillo y de Drake.

El lector disimulará el tono que, contra mi carácter, empleo para condenar la conducta de Walker y sus secuaces y cómplices. Varios de éstos eran personas ilustradas, con títulos universitarios; eran de talento más o menos cultivado, formados en la carrera diplomática, o de figura conspicua en el mundo financiero; y este trabajo de cronista les debe señalar la parte de responsabilidad que les corresponde. Mal que les pese, pero Garrison y Morgan, Randolph, Macdonald, Crittenden, Wheeler, Goicouría, Soule, Schelinnger, Henningsen, Cole, todos deben participar del estigma de la posteridad, al fijarse en la huella de fango que dejaron a su paso por Nicaragua en aquella época de su vida en contubernio con el famoso Walker.

Mientras se producían en el interior de Nicaragua las horripilantes escenas de muerte, desolación y sangre, saqueo e incendio, Costa Rica preparaba en su capital el espectáculo grandioso de la frontera por el mar Atlántico, que debía dar el golpe de gracia al elemento filibustero que en Nicaragua había comenzado el audaz trabajo de esclavizar a Centro América.

La posesión de los vapores del lago y del río San Juan, pertenecientes a la Compañía de tránsito Garrison Morgan, que Walker tenía con la aquiescencia de estos millonarios, le facilitaba la navegación hasta el Atlántico, proporcionándole la comunicación con los Estados Unidos, de donde recibía auxilio de gente, armas, municiones y dinero. Por esto decía Walker: «El que dispone del lago y del río tiene la llave de Centro América en una guerra». Era, pues, de vital importancia para él conservar tan gran ventaja, y quitársela era de la mayor necesidad.

Costa Rica, por su posición geográfica, podía acercarse al río por la ribera Sur, saliendo a él por el San Carlos, o por el Sarapiquí, ríos navegables tributarios del San Juan, que nacen en su territorio, y aun tomar por tierra el castillo que está situado por el lado Sur casi en la mitad de la distancia que recorren sus aguas para desaguar en el mar. Pero, ¿cómo hacerlo? Costa Rica, la valiente Costa Rica, que con su heroísmo se lanzó, la primera, a combatir al audaz bucanero, no tenía

elementos navales; pero sus bríos de nobleza caballeresca, exhibidos en las acciones de Santa Rosa, y en Rivas, el 11 de abril, habían tenido resonancia en la gran República.

El encargado de negocios de Costa Rica en Washington, don Luis Molina, y el Comodoro Vanderbilt, a quien Walker había quitado el contrato que le otorgaba derecho exclusivo de tránsito por este istmo de los pasajeros que traía en sus vapores del Pacífico y del Atlántico con destino a California o a los Estados del Este, y que deseaba la perdición del que le había ocasionado daño y continuaba causando enorme quebranto en su negocio, en que se jugaban millones, ultimaron el plan de quitar los vapores a Walker, en cuya empresa el Gobierno de don Juan R. Mora debía poner las armas y la tropa necesaria. Dos caballeros llegaron a San José, y solicitaron una entrevista confidencial con el Presidente Mora, anunciando que portaban carta del señor Molina; y en la noche de ese día, el Presidente, con sólo su Ministro de Relaciones doctor don Lorenzo Montúfar, recibió a los emisarios que entregaron la referida carta, y después de leída, se trató de la empresa de apoderarse de los vapores del río y del lago de Nicaragua, conforme el plan convenido con el Comodoro Vanderbilt. Wester y Spencer eran personas de carácter, conocedoras de la localidad que iba a ser el teatro de la futura hazaña. Wester era marino, que había estado en Nicaragua al servicio de los vapores del tránsito cuando se hacía por cuenta de Vanderbilt y sus socios; conocía las señas y contraseñas y a los que actualmente estaban al servicio de los vapores de dicha línea, y sabía que no estaban contentos de aquella situación, por lo cual les era fácil aceptar el cambio de situación tan azarosa por otra de mejor condición económica, con menos peligro.

El Presidente Mora entró de lleno en el plan, y se notó en su semblante más animación respecto de la guerra. Wester y Spencer manifestaron necesitar mayor remuneración, por considerar insuficiente la de Vanderbilt, y el Presidente Mora no tuvo inconveniente en aumentarla con cierta suma que erogaría el Tesoro nacional, considerándola una economía, porque tomados los vapores, la guerra se acabaría más pronto. El negocio quedó definitivamente concluido.

Se procedió sin pérdida de tiempo a organizar la expedición con su Estado Mayor, en el cual ocupó el primer puesto el Coronel Joaquín Fernández. Este jefe era valiente, ilustrado y sagaz, discreto y entendido militar, para conocer la importancia de la reserva en esta clase de empresas y, sobre todo, hablaba bien el inglés para entenderse con Wester, que era el mentor del plan. El mayor Blanco y Rafael Bolandi completaban la jefatura de la columna expedicionaria, compuesta de cuatro compañías de setenta y cinco plazas cada una, con una oficialidad selecta en que figuraban los Quiroz, Jiménez, Camacho, Alvarado, Bariller y otros sujetos de la buena sociedad, que por su esmerada educación se hiciesen considerar en el extranjero.

Se desplegó la mayor actividad y energía en equipar con esmero la tropa para que no les hiciese falta nada en el áspero desierto que tenían que pasar después que descendiesen de la montaña a los bajos pantanosos y oscuros por la selva frondosa, andando por una trocha escasamente transitada por contrabandistas, hasta llegar a la ribera del río San Carlos; llevando, para expeditar marcha tan ingrata, una compañía de zapadores y artesanos provistos de hachas y machetes, y de herramientas de carpintería, clavos, jarcia y toda clase de útiles para componer y reparar embarcaciones.

Llevaban cañones con su parque y municiones de guerra y de boca en mulas; de Grecia y San Ramón saldrían los víveres suficientes, y de San José se proveyó de médicos y medicinas; listo todo, a satisfacción de jefes y mentores, marcharon vía de Grecia. Cuando llegaron a la margen del río San Carlos, se abrigaron en la grande y cómoda casa de una hacienda de cacao que hay en el punto adonde llegan las embarcaciones que hacen el escaso comercio con el puerto San Juan. Una sola lancha en mal estado había allí, y los carpinteros se ocuparon unos en componerla, para que la acupase la plana mayor con Wester y Spencer, y otros en sacar trozas de madera de los bosques adyacentes, con las que se hicieron tablas para bajar del río San Carlos al río San Juan. Algunos soldados se cayeron al agua del río; pero no se ahogaron, porque los salvaban sus compañeros.

Por este peligro, desertaban algunos, y todos decían que por tierra irían a todas partes, pero por agua no, porque no querían morir ahogados. El jefe dispuso que se anduviese sólo por tierra, a la ribera del río, ocupándose los zapadores en allanar con los machetes las partes que fuese necesario, y que en las balsas fuesen los cañones y el parque de todo. En la noche salían a tierra los que las cuidaban de día. Una noche hubo una crecida tan fuerte en el río, que reventaron las amarras de los árboles en que estaban detenidas las balsas en que iban los cañones y se las llevó. Por fortuna, en la confluencia del San Carlos con el San Juan, había una finca de un granadino que vivía en la casa que tenía en la costa y era excelente marinero, capitán de piragua muy honrado; le llamaban *Petaca* por apodo. Este recogió los cañones, los ocultó, y cuando llegaron los costarricenses, se los entregó.

Dió a los expedicionarios todos los informes que tenía de los vapores, expresando tanto entusiasmo por la empresa, como odio hacia el incendiario de su ciudad natal, y se incorporó a los costarricenses para ayudarles con los conocimientos que tenía de la bahía de San Juan, que conocía en todos sus detalles. Marcharon, pues, calculando entrar al puerto en la madrugada, con tal sigilo, que se apoderaron de los cinco vapores del río que estaban anclados en el puerto, y cuál fué la grata sorpresa de los habitantes cuando, al despertarse, vieron flameando en todos los vapores la bandera de Costa Rica, oyeron la diana que tocaban los clarines y los vivas a Costa Rica, a Nicaragua y a Centro América. El gran susto de los yanquis se calmó por el buen tratamiento que les daban los vencedores, y al reconocer entre éstos a sus connacionales Spencer y Wester, quienes les repartían una proclama en inglés, firmada por el Presidente Mora, en la cual ofrecía dar dinero valor del pasaje por vapor, a los que quisiesen irse a su patria y las garantías que les ofrecía el jefe Fernández, hablándoles en inglés.

Con rapidez y prontitud regresaron río arriba, llevándose, custodiados por las tropas todos los vapores. El castillo se rindió cuando se vió rodeado por tanta tropa, que había desembarcado en la ribera Sur, sin ser vista; y así permanecieron, cuidando de que nadie saliese para tomar el vapor que debía

llegar, como en efecto fué sorprendido, y sabedores que en el río Sábalos estaba otro, también lo sorprendieron y continuaron hasta la fortaleza de San Carlos, que está situada en el punto del lago en que comienza el río.

Inmediatamente los valientes costarricenses tomaron los vapores del río, dieron parte al Presidente Mora, haciendo salir de San Juan un correo para San José, y en el acto que fué conocido el éxito de la expedición, alistó otra columna para marchar por la misma ruta y embarcarse en los vapores para llegar por el lago al Departamento de Rivas, para incorporarse a los ejércitos aliados que sitiaban a Walker.

Mientras tanto, el General Martínez, que se había quedado atendiendo al sostenimiento del ejército septentrional con gente y recursos, conforme el tratado de 13 de septiembre, permanecía en la casa de las Felipitas, una de las pocas del barrio del hormiguero que no se quemó en el incendio de Granada, era objeto de censura porque no respondía al llamamiento que se le hacía al teatro de batalla, hasta el grado de llegar la queja al Gobierno del Salvador, el cual la insinuó por medio de su Ministro, al de Nicaragua.

El General Martínez, para tratar de este incidente, escribió al doctor Cortés, que permanecía en Masaya, teniendo frecuentes relaciones con él; con este motivo el doctor fué a Granada. Por una feliz coincidencia, estando allí llegó la noticia de la presa de los vapores del lago y del río por los costarricenses.

El doctor Cortés se alegró muchísimo. «Ahora la guerra queda simplificada —dijo a Martínez—; Walker no recibirá más auxilio de los Estados Unidos del Norte; pronto debe terminar por capitulación. No sólo por esa razón, sino también porque los celos y rivalidades de los jefes sitiadores tienen que cesar ante los méritos indiscutibles que ha adquirido el Presidente costarricense con las brillantes victorias alcanzadas con la presa de los vapores, que le dan legítima influencia para ser el General Juan Rafael Mora el General en Jefe de los ejércitos de Centro América, aliados en esta guerra; y prescindiendo de miserables pequeñeces de partido, se subordinarán al talento y pericia del ilustre mandatario de la heroica y sensata Costa Rica.»

El General Mora se presentaría con sus fuerzas vencedoras en los vapores y el General Martínez debía estar listo con fuerzas para marchar al campamento de los aliados, procurando antes, si le era posible, hablar con Mora, en el sentido de las ideas del doctor Cortés.

No tardó en presentarse la ocasión prevista. El General Juan Rafael Mora, con su Estado Mayor y el de Fernández, a bordo del vapor San Carlos, que era el más grande de los dos del lago, quiso pasar, antes de llegar a San Jorge, por la ex bella Granada, y no bien echó anclas en el Fuertecito, se le presentó con su Estado Mayor el General Martínez, que le iba a hacer una visita a bordo, al propio tiempo que el cañón del Fuertecito le hacía los honores militares con sus tonantes disparos, cuyo eco, repercutido por el volcán de Mombacho y las colinas de la laguna de «Apoyo», esparcía por el inmenso espacio la fama de su nombre esclarecido. La fausta noticia llegó mientras tanto al campamento de los aliados, cuyos jefes, en homenaje a sus grandes merecimientos, reunidos en consejo, redactaron un acta, en la cual todos consignaron su voto, nombrando al señor General Presidente de la República de Costa Rica General en Jefe de los ejércitos aliados de Centro América.

En consecuencia, el General Juan Rafael Mora se puso a la cabeza de los aliados, que tenían reducido a Walker a la ciudad de Rivas. Poco después se incorporó el General Martínez, y las operaciones de la guerra se hicieron con tal unidad de acción, que ya se veía próximo el fin de aquella guerra, que se había prolongado más por las rivalidades y celos entre los jefes de los aliados que por la superioridad del enemigo. Tenían, es cierto, hombres industriosos que fundían balas de cañón y se proveían de otros elementos de guerra; pero sus artilleros no aventajaban a los artilleros del país, como se vió en los dos ataques que personalmente dirigió en Masaya. La vanidad y altivez de los yanquis no armonizaba con su valor y pericia militar. Walker tenía audacia y actividad, pero carecía de juicio en lo que él llamaba su política. El que estudie sus decretos y se fije en la elección que hacía de los hombres para la ejecución de sus proyectos militares, se persuadirá de

que por un golpe en el clavo, daba veinte o cuarenta en la herradura.

Pronto los que venían de los Estados del Este, o de California, se convencían del espíritu atolondrado y aventurero de su caudillo, y como mercenarios, no encontrando la granjería con que se habían ilusionado y sí las plagas del clima, como eran las fiebres, disentería, pulmonía, el cólera, zancudos y garrapatas, desertaban; muy particularmente cuando veían llegar en los vapores del lago mucha tropa costarricense que venía embarcada en «Tortugas», en el litoral del Sur, con la cual y las que venían de Occidente, se aumentaba el número de los aliados, causa que los afligía; aumentando el número de los desertores yanquis, disminuían éstos notablemente.

El General en Jefe de los aliados tenía la habilidad de servirse de los mismos desertores para ofrecerles dinero, y comodidades a los sitiados para que se salieran de Rivas; y como les cumplía los ofrecimientos, salían a comer buena carne, en vez de la carne de caballo, o de mula, que les daba Walker. Así era que, cada vez que los mandaba a alguna expedición y se encontraban con otra de los aliados, cruzándose balazos, en que tenían muertos y heridos, como en la del Jocote, al pasar lista, no sólo contaban las bajas por muertos y heridos, sino también por los muchos que habían desertado.

Aunque por el lado del Norte ya no le venían refuerzos a Walker, porque el río San Juan estaba en poder de los costarricenses, le quedaban aún los vapores que de California no dejaban de traerle algún auxilio. Era necesario, pues, poner obstáculos en San Juan del Sur. Con este objeto, los generales Jerez y Cañas fueron con el batallón del Coronel Estrada, liberriano valiente y entendido, para hostilizar al *Granada* que, como se ha dicho, estaba armado en guerra, anclado en el puerto, al mando del audaz pirata Faysseoux.

Estrada construyó trincheras en la ciudad y en el camino, y le hizo varias descargas de fusilería al *Granada*, con lo cual éste levó anclas y fondeó más retirado de la costa. Estas demostraciones bélicas de los aliados en el puerto, llenaron de cuidado a los pasajeros que iban para California, quienes llevaron esa noticia, de modo que los que venían a pasar por

nuestro istmo, ya no quisieron hacerlo y se fueron por el de Panamá, quedando interrumpido el tránsito por Nicaragua, y de consiguiente Walker aislado en Rivas y sin auxilio de ninguna parte y de ninguna clase. Haciéndose su situación cada día más difícil y más desesperada, tenía que capitular.

Así las cosas, arribó al mismo puerto la goleta de vapor *The Mary*, de la escuadra americana del Pacífico, al mando del capitán C. E. Davis. Cañas y Jerez hicieron una visita a bordo, antes de regresar al campamento; mientras tanto, les facilitó don Evaristo Carazo, a Gottel y Brady, sus dependientes en su negocio de transporte de pasajeros por el istmo en carruajes y mulas, los cuales hablaban el inglés, para que fuesen a donde Fayseoux, a sugerirle la idea de entregar la goleta *Granada*, servicio que también prestaban Mr. L. Maury y Román Rivas, hijo del Provisorio don Patricio Rivas, encontrando siempre refractario al comandante de dicha goleta, que no atendía a ninguno.

Después que los Generales Cañas y Jerez informaron de todo al General F. R. Mora, primer jefe de los aliados, éste mandó dos edecanes suyos a bordo del *The Mary* con un atento oficio para su capitán, manifestándole en nombre de la humanidad lo urgente que era sacar de la ciudad de Rivas a las mujeres y niños, para ponerlos a salvo en las ulteriores operaciones de la guerra que los gobiernos de Centro América le hacían a Walker para arrojarlo del país, en guarda de la seguridad de los derechos de los pueblos de sus respectivas repúblicas, amenazadas por la presencia de tan agresivo huésped.

El filantrópico y culto Capitán Davis les atendió con deferencia, y *The Huston* con un cabo de la marina del *The Mary*, se presentó en el campamento del Comandante en Jefe de los aliados, con el objeto de sacar a las mujeres y niños que había dentro de la plaza sitiada, para lo cual necesitaba de un pasaporte de los sitiadores, y el General Mora se lo mandó extender inmediatamente.

Al siguiente día, *The Huston* salió de la plaza sitiada con todas las mujeres y niños americanos para San Juan del Sur. Con estas personas menores que consumiesen los escasos víveres que había, Walker concibió la esperanza de sostenerse por más

tiempo en la plaza; por esto estuvo tan deferente sin fijarse, tal vez, en el gran desaliento que causó a la tropa ver salir a las mujeres; desaliento que se tradujo en copiosas deserciones. Desde ese día no sólo desertaban en grupitos de tres y cuatro, sino que se iban las guardias enteras de las avanzadas, junto con sus oficiales, dejando a Walker reducido a un escaso número de secuaces, que se veían muy abatidos.

El capitán Carlos Enrique Davis, al corriente de la triste situación de los hombres de Walker y del estado de perturbación cerebral que revelaban las palabras que habló al *The Huston* para dicho capitán, pretendiendo ser tratado como beligerante en el reclamo de los pequeños botes del *Nagamaset*, buque carbonero surto en San Juan del Sur, que Walker se había apropiado, para servirse de ellos en el lago; quería que el Capitán de *The Mary* obligase al jefe de los ejércitos de Centro América a entregar los vapores del lago y río San Juan y sus respectivos tripulantes, que él decía los tenía contra su voluntad. No tenía derecho a parangonarse con el General en Jefe de los ejércitos de los gobiernos de Centro América un bandolero que usurpando el poder de Nicaragua se hacía llamar Presidente, existiendo el verdadero, obedecido por los pueblos y reconocido por todos los gobiernos connacionales y extranjeros; esta loca e infundada pretensión no podía sostenerse ante los principios del Derecho público nicaragüense, ni del internacional; de consiguiente, el capitán del *The Mary* no le prestó ninguna atención.

Sin embargo, le tuvo lástima, cuando se convenció de que Walker estaba rematadamente loco, al informarse por su *The Huston* de que Walker decía que, cuando ya no pudiese sostenerse en la plaza de Rivas porque se le agotasen los víveres, levantaría el campo para ir a juntarse con los auxiliares que, en su delirio insano, soñaba que tenía en San Juan del Norte. ¿Qué camino pensaría llevar este infeliz? No tenía embarcaciones, y además el lago y el río estaban guardados por las tropas de Costa Rica, que disponían de los vapores; no le quedaba otra ruta que la terrestre, en la costa del lago y la ribera del río al lado de Costa Rica.

El pensamiento de irse a San Juan del Norte en busca de

sus soñados auxiliares era una petulancia jactanciosa de su pretendida superioridad intelectual antropológica, pero la desmiente su falta de conocimiento de la topografía del país que consideraba suyo. En su cerebro dislocado, no estaban las ideas geográficas del trayecto que tenía que recorrer de Rivas a San Juan del Norte. Se encontrarían él y los suyos con el Sapoá, invadable, que tendría que atravesar a nado, como lo hizo Cándido Flores huyendo de la muerte que recibieron, vencidos, los Soza y los Orozco. Después, el caudaloso Viejito, y a la altura del fuerte San Carlos, el río Frío, que además tiene el peligro de los salvajes Guatusos, que atacan con mortíferas flechas al que se atreve a entrar en sus dominios, pasados los cuales tendría que continuar la marcha a la margen del río, por pantanos y bosques salvajes y desiertos en que abundan fieras voraces, tigres y leones, zancudos, gusanos y reptiles venenosos, como la temible toboba de picadura letal. Erizado de tantos peligros, ese trayecto le presentaría las grandes e invencibles dificultades de los caudalosos ríos San Carlos y Sarapiquí, adonde no es exagerado decir que no hubiera llegado ninguno.

De esa trágica muerte quiso salvarlos la noble y generosa conducta de Carlos Enrique Davis, capitán de la *The Mary*, corbeta de guerra de la marina americana, con su caballerosa intervención para que capitulara bajo su poderosa garantía.

Hidalgo y magnánimo, el General en Jefe de los ejércitos aliados, General Juan Rafael Mora, otorgó la vida a Walker y diez y seis de sus secuaces, para que saliesen del país, en su correspondencia con el comandante Carlos Enrique Davis, quien no tardó en llegar a las «Cuatro Esquinas» de Rivas, en donde estaba el cuartel general de los aliados, y allí llegaron Henningson y Waters para estipular la capitulación de Walker y encontraron al comandante de la corbeta de guerra *The Mary*; con él convinieron el tratado de capitulación.

Cinco artículos tenía ese documento, en que se consignó que Walker, con diez y seis jefes y oficiales de su Estado Mayor, saldrían de Rivas con sus armas blancas, caballos y bagajes, sin que se les molestase por los aliados, y se les permitiese embarcarse a bordo del *The Mary*, surto en el puerto de

San Juan del Sur, en el cual serían transportados a Panamá que el resto de oficiales y tropa entregarían las armas y serían transportados en los vapores del lago a «Tortugas», para que se fuesen por tierra a embarcar en Puntarenas, para tomar de allí el rumbo que quisiesen; pero los que tenían sus esposas y familias en San Juan del Sur podían ir a embarcarse allí con destino al punto que eligiesen, y los que no eran extranjeros tenían garantía de la vida, la libertad y la propiedad sin restricción alguna.

Este rasgo de civilización para terminar los Estados la guerra que se vieron obligados hacer para concluir con el vandalismo en Nicaragua, será siempre un timbre de honor para los sensatos jefes que pusieron fin al derramamiento de sangre centroamericana y a los sufrimientos del país por una guerra que tanto habían prolongado las pasiones de partido en Nicaragua. No extrañará, sin embargo, que se oyeran entonces susurros de censura por ese noble y magnánimo proceder que la humanidad aconsejaba, porque tal censura dimanaba de la ardiente exaltación de la política fanática de sectarios como don Juan Ruiz, quien tenía la opinión que expresa esta proposición: «La revolución es una calentura; se cura con sangría». Eso le dijo al autor, refiriéndose a los dos avanzados que hizo fusilar durante el ataque de Walker el 29 de junio, y al cadalso que, como comisionado del Gobierno, alzó ocho días después para ultimar al peruano y a Peinado.

Cesó, pues, la sangrienta guerra contra los filibusteros con la capitulación de Walker, el 2 de mayo de 1857, y éste y su jauría dejaron libre de su odiosa y odiada presencia a Nicaragua, la que, constituida y regida por un Gobierno, no estaba en la circunstancia de los que en Chontales mataron como a manada de coyotes a Farley y su compañero. El mismo Walker dijo que su congénere y su gente pasaron por Chontales saqueando y robando en su marcha hasta llegar al mar por el río Bluefields; plan que, según él, traían desde que salieron de Nueva Orleáns, pues a su llegada a Nicaragua instaron mucho por que *se les dejase formar una compañía montada por sí solos*. Una banda... que en Managua el capitán Dolan les permitió ir a explorar el camino de Tipitapa y lo volvieron de esa correría,

y que él fué informado de que los habían visto por Matagalpa. Lo habitantes del trayecto que recorrieron hasta la Libertad población postrera de Chontales, en la región aurífera, víctimas de los atropellos y saqueos de estos forajidos, les fueron siguiendo, y concertaron el plan de darles un golpe certero. Conocedores de todos los vericuetos, se apostaron en una encajonada y con toda clase de armas cayeron de sorpresa sobre ellos y los exterminaron, dejando vivos dos heridos para que fueran a contar el cuento a su país.

Furley y Walker, al pasar por Nicaragua como lava de volcán, dejaron sólo recuerdos execrables de su rapacidad y su protervia; con la sola diferencia que el primero fué un ratero menguado y el segundo obró más en grande, añadiendo a la rapacidad de su intrusa legislación el incendio y el asesinato, profanando el nombre augusto de autoridad con que él mismo se había investido con sarcástica audacia. Log otros más notables: Henningsen, Waters, Fry, Nazmer, Swingle, Petter, Hooff, Brady, Roger, Toker, Wert, Willianson y otros del mismo jaez que formaban la jauría del segundo, salvaron la vida a bordo del *The Mary*, para llegar a los Estados del Sur, a contar el cuento en su folleto *La guerra de Nicaragua*, lleno de inexactitudes, jactancias y alardes inventados para embaucar a las inocentes, pero perversas masas que no faltan en los grandes centros, para lanzarse a nuevas aventuras que en el curso de esta narración serán referidas.

Baldón eterno, oprobio perdurable, pesará siempre sobre los que con sus luces, o su dinero, su valor y arrojo de fieras, fueron autores o cómplices, ya fuese directa o indirectamente, en los horrorosos sucesos que dejo narrados. Parecería mejor que los nombres de tan viles seres no infestasen el aire con sólo pronunciarlos, para que quedasen en la oscuridad que merecen; pero ha sido preferible mencionarlos en los lugares respectivos para que pasen a la posteridad manchados con sus horrendos crímenes y cargados de la maldición de las generaciones futuras. Nada noble y levantado dejaron al marcar su inmundia planta a su paso por Nicaragua. Palabras y más palabras, que revelan ilustración y negra codicia y ruin lucro; hechos execrables, que imprimen la fealdad del esbozo de su retrato moral,

con que los presentará la historia en la galería de los filibusteros en la Nicaragua de 1857.

Zarpó el *Santa María*, rumbo a Panamá, conduciendo a los filibusteros, dejando a Nicaragua libre de tan funesta plaga, y los ejércitos de los Estados aliados contramarcharon a los lugares de su respectiva procedencia, llevándose la gratitud y las bendiciones de todos los nicaragüenses. Las fuerzas septentrionales quedaron en Granada, cuartel general, casa de las Felipito, al mando del General Martínez, y las de Occidente en León, con el General Jerez, por disposición del Presidente Patricio Rivas.

El Gobierno del Salvador, siempre eficaz en su auxilio a Nicaragua para la expulsión total de los filibusteros, mandaba más tropa, cuatrocientos hombres, al mando del General Gerardo Barrios. Llegaron a León cuando Walker ya había capitulado. Barrios era liberal y tenía sus simpatías por los democráticos, como el Coronel Zavala por los legitimistas, como conservador, y también se detuvo en León. El genio del mal sopló las pasiones de partido, al tratarse de llevar a la práctica el tratado de unión del 12 de septiembre, renaciendo la rivalidad de León y Granada.

Con objeto de procurar una avenencia, el General Gerardo Barrios quiso ensayar los medios políticos y propuso una conferencia en León de los hombres prominentes del país, y al efecto escribió a Granada y otros puntos, invitando para una reunión en León. En consecuencia, asistieron el General Jerez, Fernando Chamorro, don Fulgencio Vega, don Fernando Guzmán, el doctor Cortés, Gerónimo Pérez, don Evaristo Carazo, el General Cañas y otros, que junto con el doctor Jerez, el Licenciado Zepeda, Marín, Salinas y otros, y después de una larga conferencia en que se presentaron, por uno y otro partido, candidaturas de su respectivo gremio, el General presentó la candidatura de don Juan B. Sacasa, quien además de ser un conservador bien definido, a su bello carácter y genio sagaz, fino y conciliador, unía amigos y entronques de familia en Granada y en Rivas, y hacienda valiosa en el Departamento meridional.

Las dotes diplomáticas del proponente Barrios, y la naturalidad de su desinterés político, pues siendo liberal designaba una

candidatura conservadora, le abrieron campo en la reunión, y la candidatura Sacasa fué aceptada por los concurrentes orientales con la salvedad de someterla a la aceptación de los amigos de Granada.

Cuando el General Fernando Chamorro regresó y dió cuenta del resultado de la conferencia de León, en que se había aceptado la candidatura Sacasa, la junta de granadinos, a la cual fué invitado el doctor Cortés y otros, no la conceptuó acertada, porque teniendo Sacasa su casa y familia en León, estaría bajo su influencia y aun era posible que la capital de la República fuese restablecida en León.

Desechada por los granadinos la candidatura de don Juan B. Sacasa, no se desalentaron los amantes de la paz y continuaron trabajando por una inteligencia y concierto de voluntades en tan importante asunto, y se invitó para otra reunión en Managua, cuya plaza de armas estaba mandada por el General don Tomás Martínez, por convenio de todos los conservadores, el cual insinuó que entre los invitados, uno de ellos fuese el doctor Rosalío Cortés y sus amigos de Masaya, y que de León viniesen don Apolonio Marín y don R. Salinas, miembros conspicuos del comercio.

En Managua, estando todos los que habían asistido a León y a Granada, tuvieron varias reuniones en diferentes casas para tratar de candidaturas. Ya se reunían sólo legitimistas, ya sólo democráticos, sin poderse avenir en un candidato, porque la división reinaba aún en cada uno de los mismos partidos. Parecía que todos los peligros y desgracias por que habían pasado, en vez de hacerlos más cuerdos y de haber apagado el fuego de las pasiones políticas, habían encendido ambiciones injustificables: creía cada cual que el hecho de haber luchado contra Walker le otorgaba el derecho de ambicionar.

Nicaragua se hallaba, pues, en una situación que el doctor Cortés creyó oportuna para que se pusiese fin a la contienda, antes de que se llegase de nuevo a las armas, poniendo en práctica el proyecto de Chinandega, que se había frustrado con la muerte del General Muñoz y la del General Corral, los cuales esta vez debían ser reemplazados por los Generales Jerez y

Martínez, que eran los caudillos militares más prestigiosos de los democráticos y de los legitimistas.

Desde la expedición de Pueblo Nuevo, que ya conoce el lector, en que Cortés y Martínez anduvieron juntos, habían hablado del proyecto referido, y don Fernando Chamorro no era extraño a él y no le repugnaba, y el doctor estaba atento a todas las discusiones sobre candidaturas aun en los corrillos. Por fin, en una de las casas de la plaza de San Miguel, tuvo lugar la reunión de legitimistas y democráticos, en la cual la colisión de diferentes pareceres exaltó los ánimos hasta el punto de prorrumpir el General Dolores Estrada en estas candentes expresiones: «Basta de arreglos. Mejor es que apelemos a las armas, y que se resuelva la cuestión en el campo de batalla». La reunión terminó, yéndose todos exaltados a sus casas.

¡El General Estrada opina por resolver con las armas el problema de la candidatura a la Presidencia de la República! ¿Cómo? ¿Aspirar a héroe para ser fratricida? El valiente pueblo nicaragüense está sangrando de sus heridas y se quiere que derrame más sangre. ¡Más sangre! Pretender resolver el problema con las armas, diagnostica el mal estado de un cerebro enfermo de *politiquitis militar*. Los huérfanos, las viudas, las ruinas, los escombros de la ciudad que aun humea, ¿son acaso nada? De las charcas de sangre, calientes todavía, ¿se quiere que se levante un nuevo Caín? No se levantará: basta de furor y frenesí. ¡No más carnicería!

El General Cañas, como verdadero valiente, es noble y generoso. Evaristo Carazo es verdadero patriota, y ambos son humanos y civilizados; y aunque ya no existen Muñoz y Corral, viven Jerez y Martínez que, filántropos, apagarán el incendio de la gurera civil que se pretende reavivar, uniéndose para dar la paz a Nicaragua, y existe sobre todo el Doctor Cortés, que fué quien concibió ese gran pensamiento desde 1854 y que lo expresó en la casa de Mr. Manning en Chinandega, la noche que hablaron con el General Muñoz, pensamiento no abandonado a pesar de la muerte de Muñoz y de Corral, sino que continuó pensando con persistente fe hasta esa fecha en que debía ser realizado por Martínez y Jerez.

Al disolverse la última reunión mixta, el Doctor Cortés

salió de la casa el primero, acompañado del Licenciado Pascual Fonseca. El General Martínez estaba en la esquina de la casa que habitaba; deseaba saber el resultado de la conferencia y Cortés le dijo a su compañero: «No conviene que en el estado de exaltación actual me vean hablar con el General; yo me iré de paso y usted le informará de todo». Fonseca se quedó donde Martínez, y Cortés siguió sin detenerse. El Licenciado Fonseca, respondiendo a las preguntas del General Martínez, le dijo que, a juzgar por el calor y la exaltación, era difícil ningún avenimiento, y le refirió el ultimátum del General Dolores Estrada. Entonces Martínez, que sabía que el General Jerez era huésped de Fonseca, le preguntó si podía saber «cuál sería la opinión de Jerez respecto de la paz». Fonseca le aseguró que Jerez estaba hastiado de la guerra. Entonces dijo Martínez a Fonseca: «Puede trabajar con Jerez en el sentido de la paz, porque este General puede hacer mucho por ella».

Cuando Fonseca regresó a su casa, se fué a la pieza sola que tenía Jerez y le refirió detalladamente toda la conferencia, el encargo del doctor Cortés para Martínez después de la conferencia y lo que el General le había hablado refiriéndose a él, a Jerez. Dos horas después, terminada la comida, Jerez, dejando a los demás comensales, salió con él a la calle y se dirigió a donde Cortés, que se hospedaba junto con Cañas y Carazo, con quienes permaneció hasta tarde de la noche, en que volvió a dormir.

Al siguiente día, temprano de la mañana, volvió a salir en la misma dirección que el día anterior, tan luego tomó su café, y cuando regresó a almorzar dijo a Fonseca: «Está resuelto el problema de la paz: Martínez y yo asumimos la responsabilidad de la situación».

Con cuyo objeto formarían ambos un Gobierno con funciones dictatoriales, hasta que volviera la sociedad a sus quicios, quisieran o no democráticos o legitimistas.

Se realizaban los elevados y filantrópicos propósitos de unir a los dos caudillos militares de los bandos contendientes, para cegar la sima insondable de la guerra fratricida entre la familia nicaragüense, la cual había abierto el sepulcro en que corrió peligro de caer la libertad y autonomía del país, de cuya

desgracia le salvó la hábil evolución política del proyecto de Chinandega, frustrado con la muerte del General Muñoz, pero perseguido con tenaz insistencia por su autor.

Era necesaria mucha discreción para guardar reserva acerca de la insinuación de la idea, para que no llegase a oídos de los legitimistas, porque si sabía alguien el origen de aquella sensata transacción, trabajaría por impedirla; y por esto había que andar con chinelas y con prontitud, y para consultar la delicadeza de los caudillos, debía hacerse por medio de personas que gozasen de legítima influencia, o que pudiesen trabajar con éxito en la política.

El General Cañas había venido al comando de la división auxiliar costarricense y con valor y astucia había traspasado el istmo ocupado por Walker y logrado juntarse con el General Jerez y su tropa. Era Cañas sujeto distinguido por sus dotes militares, por su carácter jovial y bondadoso, de educación esmerada y de trato culto y fino, que además se había relacionado con el General Martínez cuando éste llegó a incorporarse al ejército que sitiaba a Rivas, siendo General en Jefe su cuñado el Presidente Mora; habían, pues, vivaqueado juntos estos tres generales. Cañas, además, en esta ocasión tenía otra condición que le daba mayor importancia: andaba acompañado de un patriota acreditado, que había prestado valiosos servicios en la campaña desde el principio que Walker se inmiscuyó en la guerra civil de Nicaragua: éste era don Evaristo Carazo, rico hombre que trabajaba con su capital en el pingüe negocio del tránsito de pasajeros a California por el istmo de Rivas; era este caballero de apreciables cualidades personales, de trato franco, popular, que le hacía simpático en la alta sociedad, de carácter pacífico y conciliador, lo cual le daba muy buen concepto entre todos los que le trataban, principalmente en Granada.

El General Cañas, pues, y don Evaristo Carazo debían acompañar al General Jerez para ir a la casa que ocupaba Martínez y para tratar en conjunto del asunto de la unión para formar la junta de gobierno dictatorial prescindiendo del existente, para pacificar a Nicaragua, ya que Jerez había atendido

a las razones que el doctor Cortés le había dado para no acompañarlo.

Tan luego llegó Jerez con los dos amigos Cañas y Carazo a la casa de Martínez, le propuso sin rodeos Jerez el proyecto de resolver el problema de la paz por medio de la unión de los dos, formando un gobierno dictatorial hasta que la sociedad volviese a sus quicios, asumiendo los dos la responsabilidad, quisieran o no los democráticos o los legitimistas; el General Martínez acogió sin vacilar el proyecto, y firmadas las bases del convenio Jerez tomó una copia para llevarla personalmente a León; pero quiso antes consignar un artículo adicional al convenio, por el cual autorizaba al General Martínez para que en el caso de que fuese secuestrada su persona en León, Martínez sólo inaugurara la Junta de Gobierno y ejerciese la dictadura.

Con este artículo adicional probaba Jerez una firmeza inquebrantable en sus resoluciones, una religiosa lealtad a su palabra y un talento previsor de lo que podían hacer los exaltados partidarios, pero que con esto lograría convencer de la conveniencia del paso y de lo inútil de la resistencia.

El Presidente don Patricio Rivas se mostró conforme con el convenio de Jerez con Martínez, y ofreció que tan luego recibiese noticia oficial de haberse inaugurado la Junta de Gobierno él cesaría en sus funciones presidenciales, y los exaltados democráticos estuvieron anuentes a reconocer el nuevo orden de cosas, con lo cual Jerez regresó sin tardanza a Managua.

Desde que el Presidente Chamorro abandonó la capital en 1854 para ir a León con el fin de combatir a Jerez, hasta el mes de junio de 1857, fecha del memorable suceso presente, el pequeño edificio que servía de palacio del gobierno no era habitado sino por tropas, sufriendo los desperfectos consiguientes a aquella guerra asoladora que tantas ruinas había causado a Nicaragua. De modo que necesitaba de reparaciones para poder ser ocupado por el Gobierno, pues carecía de todo útil de oficina. Con unos cuadernillos de papel de oficio, comprados en una tienda, hubo para comenzar a escribir el acta de inauguración de la Junta de Gobierno en una casa particular, de donde se salió a dar gracias a Dios al templo.

El Tedéum que se entonó entonces en la iglesia parroquial de Managua, en acción de gracias por tan fausto suceso, fué el más alegre que resonará en los oídos de los hombres pacíficos y patriotas de Nicaragua.

El primer decreto de la Junta de Gobierno fué nombrando jefe de sección del Ministerio General, para meditar y convenir en la paulatina formación del gabinete, al Licenciado Juan J. Lezcano, granadino, que llegó a pasar la guerra a Managua, con el cura Lezcano, que era hermano suyo.